

CRISIS DE FE

LSW
LIBROS STARWARS

Timothy Zahn

Alrededor de un año antes de la campaña contra la Nueva República, el Gran Almirante Thrawn, finalmente ha ubicado a Nuso Esva, un brillante señor de la guerra cuya influencia se ha extendido causando estragos por las Regiones Desconocidas. Ahora los dos astutos líderes, se enfrentarán en un juego de estrategia en el que cada uno intentará burlar al otro.



Crisis de fe

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Crisis of Faith*

Autor: Timothy Zahn

Publicado originalmente en *Heir to the Empire: The 20th Anniversary Edition*

Publicación del original: setiembre 2011

8 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Maquetación de portada: Darth Blindpath

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

23.12.16

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

El cielo tenía un aspecto extraño esa mañana, pensó Trevik de los Midlis de los Séptimos de los Rojos mientras el séquito de la Reina abandonaba el ala residencial del palacio y comenzaba la breve marcha hacia la Morada de los Huéspedes. Tal vez fueran nubes, pensó: nubes tan altas y tan delgadas que sus ojos no podían distinguirlas de las nieblas que se alzaban de las Aguas Soñantes, al norte de la Ciudad Roja.

Pero en otras ocasiones había podido ver el cielo a través de nubes delgadas. Probablemente se trataba de algo que hubiera causado su invitado, el jefe de los treinta seres que habían llegado hacía un mes, criaturas con ojos amarillos y pelo del color de una nube de tormenta. ¿No había dicho su jefe que protegería la Ciudad Roja de las fuerzas malignas que se reunían entre las estrellas sobre Quethold?

—Bebida.

Rápidamente, Trevik alzó la adornada copa de néctar que sostenía pegada al pecho. La Reina se inclinó hacia la copa con sus ropajes bordados moviéndose al mismo tiempo que el rítmico balanceo de su litera con dosel, y su abdomen tendido cuan largo era en el colchón de la litera.

—Más alto —gruñó secamente Borosiv de los Circúleos de los Primeros de los Rojos, desde su litera, bastante menos adornada, detrás de la de la Reina.

Con una mueca de dolor, Trevik estiró los brazos, alzando la copa tanto como pudo. La Reina tomó un largo trago y luego volvió a incorporarse, sacudiéndose de las mandíbulas las últimas gotas del sabroso líquido y examinando con ojos impasibles el rostro de Trevik.

Trevik bajó de nuevo la copa junto a su pecho, sintiendo en su interior los golpes de su corazón. Ser elegido para realizar el papel de copero de la Reina era el mayor honor que cualquier Midli podría alcanzar. Era como si representara a todos los Midlis de Quethold, al igual que Borosiv representaba a todos los Circúleos. Lo último que deseaba era fracasar, y llevar la vergüenza a su familia por ese fracaso.

—Enderézate —continuó Borosiv con la misma voz grave y gruñona—. Observa a los Obreros. Imita su postura.

Trevik tragó saliva, y una rápida punzada de vergüenza atravesó su corazón. Desde luego, ya le habían dicho todo eso antes, pero en el calor del momento lo había olvidado.

Entonces examinó la hilera de Obreros que porteaba la litera de la Reina. Eran ocho, y mantenían sus torsos casi verticales a pesar del peso de la litera sobre sus hombros. El abdomen de cada Obrero se alargaba a su espalda, perfectamente paralelo al suelo, con sus cuatro patas moviéndose siguiendo un ritmo de precisión absoluta.

Tragando saliva de nuevo, Trevik trató de imitar su postura y su movimiento. Según había escuchado, la Reina estaba dispuesta a permitir a su nuevo copero cierto grado de libertad en su primer día. Pero eso no significaba que no debiera intentar hacerlo lo mejor posible.

Especialmente cuando Borosiv no parecía inclinado a dar al nuevo Midli tal tolerancia.

La Morada de los Huéspedes era un edificio circular situado en el centro del patio. Era pequeño, con sólo una modesta zona de reunión central en la planta baja y diez pequeñas habitaciones privadas en el piso superior. Dos de los alienígenas de cabello tormentoso permanecían en la entrada sur, con sus extrañas armas cruzadas sobre los hombros mientras observaban cómo se acercaba la Reina y su séquito.

Era lo más cerca que Trevik había estado jamás de esos alienígenas en particular, y los miraba con curiosidad mientras él y las literas se acercaban. Eran seres erguidos, distintos de los quesoth pero muy similares a los aliados de los quesoth, los stromma. Tenían dos piernas, un torso sin abdomen separado, y una cabeza coronada con ondulado cabello negro como las nubes de tormenta. Alguna vez había escuchado referirse a ellos como humanoides.

Pero al menos sus ojos eran familiares, multifacetados como los de los quesoth, aunque eran de un color amarillo brillante en lugar del azul pálido de los quesoth. Tal vez sus ojos eran el motivo por el que la Reina había elegido desafiar la antigua alianza de Quethold con los stromma y aceptar a los cabello tormentoso como huéspedes en la Ciudad Roja.

O tal vez fuera por las armas que los cabello tormentoso habían traído con ellos. Armas más compactas y poderosas incluso que las de los stromma.

Trevik centró la Mirada en las armas de los cabello tormentoso, sintiendo cómo se tensaba de repente. Junto con los doce Obreros que porteaban las literas, el séquito de la Reina también incluía doce Soldados, y si los cabello tormentoso no cumplían con el salido adecuado, la Reina podría ordenar que los alienígenas fueran castigados. Trevik no había visto en acción las armas de los cabellos tormentosos, pero había escuchado suficientes historias como para saber que no tenía ningún especial interés en hacerlo. Especialmente no a tan poca distancia.

Por fortuna, los cabello tormentoso conocían el protocolo correcto.

—Salve, oh Reina de los Rojos —entonó uno de ellos cuando la litera se acercó los preceptivos cinco pasos—. Vivimos para servir, y morimos por servir.

La Reina permaneció en silencio mientras los alienígenas abrían las puertas y el grupo enfilaba al interior. Dadas las circunstancias, decidió Trevik, el silencio probablemente era algo bueno.

El jefe de los cabello tormentoso esperaba en el centro de la zona de reunión. Era la primera vez que Trevik veía la zona desde que la Reina les había permitido acceder a la Morada, y quedó sorprendido por lo extraña que se había vuelto. Los cambios en el mobiliario eran comprensibles; después de todo, la fisonomía de los cabello tormentoso no se parecía en nada a la de los quesoth.

Pero los cabello tormentoso habían ido más allá de la simple comodidad. Habían rehecho toda la sala, desde los cortinajes de las paredes hasta las esculturas de meditación sobre las pasarelas. De hecho, incluso el patrón de las pasarelas había sido cambiado. Era

como si la Morada hubiera sido transformada en parte del propio mundo natal de los cabello tormentoso.

—Bebida.

Trevik alzó la copa, con su corazón latiendo de nuevo con fuerza. Algunas de las esculturas que los cabello tormentoso habían retirado procedían de la cámara de meditación de la propia Reina. ¿Tomaría como una ofensa que esos tesoros hubieran sido apartados de la vista?

Tal vez ya se había ofendido. Levantando la cara de la copa de néctar, alzó la voz con el agudo ulular del Lenguaje de los Soldados.

Trevik se puso tenso. Pero las dos hileras de Soldados que flanqueaban las dos literas no cargaron contra el jefe cabello tormentoso. El comandante respondió en el mismo lenguaje, y todos los soldados se retiraron cruzando la sala hacia las puertas exteriores de la Morada. Las atravesaron y desaparecieron en el patio, cerrando las puertas tras ellos.

—Abajo —ordenó la Reina.

Trevik dio un paso para apartarse mientras los ocho Obreros que transportaban la litera la bajaban al suelo y luego se arrodillaron y se encorvaron con el gesto de respeto de los Obreros. Detrás de la litera de la Reina, Trevik escuchó un suave susurro de telas mientras los cuatro Obreros de detrás bajaban de igual modo la litera de Borosiv.

El jefe cabello tormentoso se inclinó, con un gesto que casi era una caricatura de la postura de los Obreros.

—Salve, oh Reina de los Rojos —dijo.

Trevik frunció el ceño. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso él no vivía para servir y moría por servir, como hacían los quesoth e incluso el resto de los cabello tormentoso?

—Bebida.

Apresuradamente, Trevik volvió a acercarse a la litera y ofreció la copa. Al parecer, el jefe cabello tormentoso había efectivamente concluido su saludo. Y lo que era más asombroso, la Reina no parecía ofendida por la ausencia del juramento de muerte. Era casi como si lo viera como un igual, tal y como Trevik veía a sus hermanos de los Séptimos como iguales

Pero eso era absurdo. La Reina no tenía iguales.

La Reina terminó de beber e hizo un gesto a Trevik para que se apartara.

—La amenaza permanece, oh Nuso Esva —dijo, dirigiéndose al jefe cabello tormentoso—. Mis Circúleos han visto las ciudades flotantes, negras contra las estrellas.

—La amenaza permanece, oh Reina —convino Nuso Esva, el jefe cabello tormentoso—. Conferenciemos para decidir el modo en que podamos enfrentarnos a nuestro enemigo común.

—Hablemos de la destrucción del Gran Almirante Thrawn.

***

Los otros cinco miembros de la sesión de estrategia ya estaban esperando en la sala de conferencias del puente del Destructor Estelar Imperial *Amonestador* cuando llegó el Capitán Superior Voss Parck.

—Mis disculpas, almirante; caballeros —dijo mientras rodeaba la mesa hasta la silla vacía a la derecha del gran almirante Thrawn—. Había un informe de última hora del sistema Tantsor que pensé que podría ser relevante para nuestra discusión.

—¿Y lo era? —preguntó el Enlace del Consejo Stromma, con su pelaje similar a hierba brillando bajo las luces de la sala, su ceño anguloso fruncido sobre sus ojos de color negro puro, y su tono sarcástico habitual más insolente incluso que de costumbre.

—Sí —dijo Parck, cuya dilatada experiencia le permitía no dejarse ofender por los modales de Nyama. Una beligerancia extrema era una cualidad universal (y altamente valorada) entre la jerarquía stromma, y los militares profesionales de la especie no eran una excepción—. Los rumores de actividad resultaron no ser más que un pequeño grupo de contrabandistas. Los investigadores no encontraron conexión alguna entre ellos y Nuso Esva, ni ningún rastro de auténticas naves de guerra.

—¿Y para usted este desperdicio de esfuerzos constituye un *progreso*? —se burló Nyama.

—Lo que el Enlace del Consejo Nyama pretende preguntar —dijo con un tono más educado un stromma más joven sentado junto a Nyama— es si descartar un sistema realmente estrecha la búsqueda del resto de las fuerzas de Nuso Esva, especialmente cuando quedan tantas otras posibilidades.

—Incluso la información negativa es útil —dijo Thrawn con calma, centrando sus brillantes ojos rojos en Nyama—. Especialmente dado que los droides sonda que dejamos atrás después de cada búsqueda nos aseguran que las fuerzas de Nuso Esva no avanzan por detrás de nosotros.

Nyama soltó un bufido de desprecio.

—*Sabemos* dónde está —dijo, golpeando la mesa con el índice para mayor énfasis—. ¿Qué nos importa dónde se oculten los restos dispersos de sus fuerzas?

—Mientras él viva, siguen siendo una amenaza —dijo Parck—. Usted más que nadie debería saber eso, Enlace del Consejo. Usted iba venciendo en la lucha contra esas fuerzas antes de que él regresara a tomar personalmente el mando.

—La situación era completamente diferente —gruñó Nyama—. Las fuerzas de Oristrom estaban bien abastecidas y bien atrincheradas. Y eran muchísimo más numerosas. —Volvió a golpear con el índice—. Además, Nuso Esva no va a abandonar Quethold. Ya no. En cualquier caso, no con vida.

—El Enlace Nyama tiene razón —dijo el comandante de las tropas de asalto Balkin desde el otro lado de la mesa—. Donde quiera que se oculten esos remanentes, seguramente Nuso Esva no tenga naves suficientes para atravesar nuestro bloqueo.

—En efecto, comandante —dijo Thrawn—. Por desgracia, muy pronto habrá que levantar el bloqueo. Hay otros asuntos que requieren urgentemente mi atención, otras amenazas para esta región y para aquellas que se han unido al Imperio de la Mano.

—El almirante está en lo cierto —secundó Parck—. Podría nombrar ahora mismo al menos diez de esas amenazas, y aún habrá más.

—Entonces acabemos con él —dijo Balkin firmemente—. Los soldados de asalto de la 501 están listos para avanzar y conseguir su cabeza.

Nyama volvió a soltar un bufido.

—No tiene ni idea de lo que está diciendo —dijo desdeñosamente—. Nunca se han enfrentado a Soldados quesoth en la batalla. Nosotros, por otra parte, hemos tratado con ellos como aliados y también como enemigos. Son incluso más grandes que los Obreros, cuando se yerguen son casi tan altos como usted o yo. Y son inmensamente fuertes. También tienen una lealtad feroz hacia su Reina, obedeciendo sus órdenes sin dudarlo y sin tener en cuenta su propia seguridad. Y en la Ciudad Roja hay miles de ellos.

—Ya nos hemos enfrentado antes a enemigos leales y numerosos —dijo Balkin—. Y estos caerán de igual modo.

—Pero a un alto coste —advirtió Nyama—. ¿Está usted dispuesto a aceptar tales pérdidas, gran almirante Thrawn?

—No acepto pérdidas innecesarias de ningún tipo, Enlace del Consejo —dijo Thrawn, con su rostro de piel azul impasible—. Pero no tenía conocimiento de que hubiera luchado antes contra los quesoth.

—Fue hace mucho tiempo, durante la estúpida arrogancia a la que llamamos Periodo de Expansión —dijo Nyama. Por una vez, advirtió Parck, la beligerante voz era casi introspectiva—. Incluso con las primitivas armas ceremoniales que siguen usando, sufrimos gravemente antes de que recobráramos la razón e hiciéramos las paces con ellos. —Sus orificios nasales se abrieron—. Y ustedes también sufrirán si prosiguen en esta senda de locura.

—Tal vez alguien del consejo podría hablar con la Reina de los Rojos —sugirió Parck—. Si pudieran convencerla de entrar en razón…

—Las reinas de los quesoth crean su propia razón —dijo Nyama—. Sea cual sea la lógica que siguió para aceptar a Nuso Esva bajo su cuidado, no podrá hacérsele cambiar de idea.

—Entonces sufrirá —dijo Thrawn.

—Todos sufriremos —dijo secamente Nyama—. Ese es el camino de la vida.

Parck hizo una mueca. Los quesoth sufrirían, en efecto, como las más de veinte especies que ya habían sufrido bajo el reinado de terror de Nuso Esva. Desde que el alienígena y su gente —los guerreros a los que orgullosamente llamaba sus «Elegidos»— habían surgido de un planeta aún sin identificar de las Regiones Desconocidas, dejando a su paso un letal rastro por pueblos, mundos, e incluso pequeñas federaciones. De todos los que habían sido atacados, sólo Thrawn había mostrado la habilidad y la resolución necesaria para bloquear la expansión de Nuso Esva y, poco a poco, para comenzar a hacerle retroceder.

Pero la victoria había llegado a un coste terrible. Los Elegidos luchaban con fanático celo, y obligaban a los pueblos subyugados bajo su control a luchar a su lado con la misma tenacidad.

Y aún peor; con cada retirada forzada, los Elegidos seguían la política de Nuso Esva de incinerar y destruir todo aquello que no podían llevarse consigo, no sólo las armas para la guerra, sino también los medios para que la población local pudiera sobrevivir al siguiente invierno o temporada de sequía. Millones de seres habían muerto en las conquistas de Nuso Esva, y millones más lo habían hecho como secuela de sus retiradas.

Incluyendo cientos de miles de stromma que habían quedado atrapados en el fuego cruzado y las tierras calcinadas cuando Thrawn finalmente consiguió expulsar a Nuso Esva de sus mundos. Lo que, para Parck, hacía que la actitud de Nyama fuera mucho más sorprendente. ¿Acaso no quería que los quesoth, sus aliados declarados, fueran liberados de las ataduras de Nuso Esva?

—Sin embargo, nuestro trabajo como seres civilizados es minimizar ese sufrimiento tanto como podamos —dijo Thrawn. Si estaba molesto por la aparente falta de compasión de Nyama, no lo mostró en su voz ni en su expresión—. Me gustaría ver los registros de sus guerras contra los quesoth. Con una especie insectoide, incluso las batallas de hace mucho tiempo pueden iluminarnos.

—Esos registros son antiguos e incompletos —dijo Nyama—. Y también serán inútiles. Ahora mismo, lo que usarán serán las tácticas y estrategias de Nuso Esva.

—Desde luego, él diseñará su estrategia general —dijo Thrawn, con tono pensativo—. Pero dado que los Soldados quesoth aún usarán sus armas antiguas, puede que también se aferren todavía a sus antiguas tácticas en el campo de batalla.

Junto a Balkin, el comandante de escuadrón de TIE, el barón Soontir Fel, se removió en su asiento.

—Esos paraguas de escudo que tienen en la parte central de la ciudad no son armas antiguas en absoluto —señaló.

—Cierto —concedió Thrawn—. Puede que el Enlace Nyama tenga razón. Puede que en realidad nos enfrentemos a una mezcla de tácticas dispares, una mezcla que será difícil de prever. —Miró a Parck—. Necesitamos información, capitán. Más información; mejor información. Estamos trabajando a ciegas.

—Con qué rapidez tropieza el indomable Maestro de Guerreros —dijo Nyama con sarcasmo.

—Lo que el Enlace del Consejo Nyama quiere decir… —volvió a tomar la palabra el joven conciliador— es que la información adecuada es desde luego parte necesaria de la preparación del combate. —Sus ojos miraron brevemente a Nyama—. También sugiere que puede que haya un modo de obtener la información que busca.

Thrawn entrecerró ligeramente los ojos.

—Continúe.

Nyama hizo una mueca.

—Como ya he dicho, durante muchas generaciones hemos sido aliados de los quesoth. Como resultado, tenemos contactos entre los Quesoth de los Rojos. Tal vez pueda hablar por ustedes con alguno de ellos.

—Ya nos ha dicho que su lealtad hacia su Reina es incuestionable —le recordó Balkin—. ¿De qué serviría hablar con ellos?

—He dicho que *los Soldados eran leales* —replicó Nyama—. Los Soldados y los Obreros apenas poseen inteligencia, por no hablar de ser capaces de tomar sus propias decisiones. Nunca dije que ese fuera el caso de los Circúleos y los Midlis.

—¿Pero también son leales, no es así? —insistió Balkin.

—He dicho que pueden pensar por sí mismos —dijo Nyama, prácticamente gritando—. ¿Está usted sordo, calvorota estú…?

—Lo que el Enlace del Consejo Nyama quiere decir —interrumpió apresuradamente el conciliador—, es que existe una pequeña pero creciente oposición a la alianza de la Reina con Nuso Esva. Si podemos contactar con ellos, tal vez puedan obtener la información que buscan.

Nyama lanzó una Mirada furiosa al conciliador, pero asintió con gesto reticente.

—Siempre y cuando ustedes quieran algo que entre dentro de sus capacidades —gruñó.

—¿Y cuáles son sus capacidades? —preguntó Fel.

—No gran cosa —dijo Nyama—. Los Circúleos son los consejeros de la Reina y los machos reproductores de casta más alta. Son los quesoth más inteligentes, pero tratan con palabras y pensamientos, no con acciones. La tarea de los Midlis es supervisar a los Obreros, así que no son tan inteligentes. Pero se puede razonar con ellos, y pueden manejar equipo hasta cierto punto.

—La tarea debería ser bastante fácil —le aseguró Thrawn—. Todo lo que quiero es que uno de ellos introduzca clandestinamente una holocámara en las cámaras de Nuso Esva.

—¿Una holocámara? —repitió Nyama con incredulidad.

—Nuso Esva apenas llevaba consigo algunas de sus propias obras de arte cuando huyó a Quethold —explicó Thrawn—. La mayor parte de lo que tiene será de la colección de la Reina. Necesito ver qué piezas ha escogido.

Nyama soltó un bufido y meneó la cabeza.

—Gran almirante Thrawn, su obsesión con el arte es más inquietante que su obsesión con el propio Nuso Esva.

—Su obsesión con ambas cosas es lo que expulsó a Nuso Esva de Oristrom y le proporcionó a usted la libertad para estar aquí hoy —dijo Fel.

Nyama le miró fijamente. Pero no tenía respuesta a eso, y todo el mundo en la sala lo sabía.

—¿Tiene esa holocámara con usted? —gruñó, volviéndose hacia Thrawn.

—Estará lista en cuanto confirme que uno de los Circúleos o Midlis descontentos puede llevarla a las cámaras de Nuso Esva —dijo Thrawn.

—Y que luego pueda volver a sacarla, supongo —gruñó Nyama. Se puso abruptamente en pie—. Volveré ahora a mi nave y trataré de comunicarme con los disidentes. ¿Qué tamaño tendrá esa holocámara?

—Muy pequeña —dijo Thrawn, mostrando su mano—. Del tamaño de uno de mis nudillos. Podemos camuflarla del modo que sea necesario para facilitar su introducción.

—Tal vez incluso pueda colocarse en uno de los Obreros o Soldados que sirven a la Reina —sugirió Parck—. Tengo entendido que doce de cada la acompañan dondequiera que va.

—Está usted bien informado —dijo Nyama—. Consultaré cuál es el mejor modo de conseguir este objetivo, y me comunicaré con ustedes cuando tenga algo más que decir.

Con una brusca inclinación de cabeza a Thrawn, se dio la vuelta y salió a grandes zancadas de la sala, con el joven conciliador apresurándose tras él. La puerta se deslizó para cerrarse tras ellos, y Thrawn miró a su alrededor en la mesa.

—¿Algún comentario? —invitó.

—Podría funcionar —dijo Parck con cautela—. Aunque el número de variables sigue siendo incómodamente elevado.

—Y si la actitud de Nyama es la típica de los stromma —añadió Fel—, será mejor que asumamos que tendremos que ocuparnos de Nuso Esva sin ellos.

—Son aliados de los quesoth, después de todo —murmuró Balkin—. No es fácil enfrentarte a tus amigos.

—Especialmente cuando creen que pueden limitarse a ganar tiempo —dijo Fel—. Dos años hasta que se acabe el tiempo de Nuso Esva en Ciudad Roja, ¿no es así?

—Así es, si los números de Nyama son acertados —confirmó Parck.

—Sus números son acertados, pero su razonamiento está equivocado —dijo Thrawn—. Nuso Esva podría causar gran cantidad de daño a la gente de la Ciudad Roja en esos dos años. Ese no es un resultado que esté preparado a aceptar. —Dudó—. Tengan también en cuenta que el Enlace Nyama habla en nombre del consejo stromma, y algunos de sus miembros aún nos culpan por la destrucción que sufrieron sus mundos.

Fel murmuró algo entre dientes.

—Supongo que también culpan a sus cirujanos por dañar pedazos de tejido sano al extirpar el gangrenado.

—No defiendo sus opiniones —dijo Thrawn con suavidad—. Meramente hago constar que esas opiniones existen. En cualquier caso, no podemos permitir que la gente común de la galaxia sufra meramente porque sus líderes se nieguen a veces a enfrentarse a la realidad del universo.

—Bueno, aquí la realidad es que finalmente podemos derrotar a ese hijo de… que podemos derrotar a Nuso Esva —corrigió rápidamente Fel—. Le tenemos atrapado, y no tiene ningún lugar al que huir. Y comprendemos cómo trabaja.

—Cierto. —Thrawn sonrió ligeramente—. Y lo que es más importante, él comprende cómo trabajo yo.

—Con suerte, eso será suficiente —dijo Parck.

Thrawn inclinó la cabeza.

—Ya veremos.

***

El cielo seguía teniendo un aspecto extraño cuando Trevik abandonó el palacio a la hora de la media luz oscura y comenzó a descender la suave pendiente de la colina de la ciudad cruzando el ancho anillo de los hogares de los Circúleos. Más debajo de la pendiente, al otro lado del anillo circúleo, estaba la zona midli de la ciudad, donde se encontraba su propio hogar.

El cielo parecía más extraño aún sobre la zona circúlea, advirtió con interés mientras caminaba. En algunos lugares, tenía la misma apariencia extrañamente apagada que tenía sobre los terrenos del palacio. Pero en otros lugares, muy pequeños, el cielo era tan azul y brillante como de costumbre. Lo observó maravillado mientras avanzaba, tratando de imaginar lo que significaba todo eso.

Tal vez alguno de los Obreros lo supiera. Ellos eran quienes construían todo en la Ciudad Roja. Jirvin, el hermano de Trevik, era supervisor de uno de los grupos de Obreros que crearon el equipo de iluminación de la ciudad y trabajaban en su mantenimiento. Tal vez él supiera lo que le había pasado al cielo.

Una ráfaga de aire se agitó a su lado, trayendo consigo el olor de un Circúleo. Automáticamente, Trevik se apartó a un lado, fuera del camino del otro. Una mano se cerró alrededor de su brazo.

—Camina —ordenó en voz baja el Circúleo, dirigiendo a Trevik en un ángulo distinto.

—¿Dónde vamos? —preguntó Trevik, luchando por mantener el ritmo de las largas zancadas del otro—. Mi casa está hacia otro…

—Camina en silencio —dijo el Circúleo interrumpiéndole.

Estaban ya bien adentrados en el círculo Midli cuando Trevik advirtió que el cielo había cambiado de nuevo. Ahora las zonas de extrañeza se habían convertido en parches de círculos bien definidos, con sus bordes casi tocándose, y el cielo normal asomando en los huecos entre ellos. Más allá de la zona Midli, Trevik podía ver que la extrañeza terminaba por completo sobre la gran extensión de los hogares de los Obreros y los Soldados.

Aún estaba sorprendido por la vista cuando el Circúleo le guio a una de las casas Midli. La puerta se abrió cuando ellos se acercaron, y con el Circúleo instándole a avanzar tras él, Trevik pasó bajo el dintel.

Había otros tres Midlis esperándoles en la sala compartida de la casa. Dos eran extraños; el tercero… Trevik soltó un jadeo.

—¿Jirvin?

—Hola, hermano —le saludó Jirvin de los Midli de los Séptimos de los Rojos, con voz solemne—. Por favor, perdona por el modo en que te hemos traído aquí. Era vital que habláramos contigo de inmediato.

—Podrías haberte limitado a llamarme por el hablalejos cuando llegara a mi casa —dijo Trevik.

—Era igualmente vital que habláramos contigo de un modo que los cabello tormentoso no pudieran escuchar —dijo Jirvin—. Por favor; siéntate.

Por un largo instante, Trevik pensó en dar la vuelta y marcharse. Pero el Circúleo que le había llevado allí estaba plantado bajo el dintel. Con un incómodo cosquilleo en las patas, Trevik se dirigió lentamente a uno de los sillones y se sentó con desgana en él.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó.

Vio como Jirvin tomaba fuerzas antes de hablar.

—Creemos, hermano, que la Ciudad Roja está al borde de su destrucción —dijo—. Creemos que la Reina de los Rojos ha sido llevada mediante engaños a su alianza con Nuso Esva.

—Imposible. —La palabra surgió de la boca de Trevik sin pensamiento consciente—. La Reina es omnisciente y poseedora de una infinita capacidad de pensamiento. Ningún ser extraño podría influenciar su mente hasta tal punto.

—Sin embargo, creemos que, efectivamente, eso ha ocurrido —dijo Jirvin—. Y aún más, creemos que debe hacerse algo para impedir la inminente destrucción de nuestra ciudad. Tal vez incluso de todo nuestro mundo.

Trevik se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué estás diciendo exactamente, hermano? —preguntó con cautela.

—Estoy diciendo que el ser llamado Thrawn de los Primeros de los Chiss del Imperio de la Mano no es el enemigo que Nuso Esva nos ha dicho —dijo Jirvin—. Hemos hablado con uno de los stromma, que nos ha revelado las verdaderas naturalezas de Thrawn y Nuso Esva.

—¿Y?

—Y… —Jirvin hizo un movimiento con la mano para señalar toda la sala común—… hemos elegido unirnos a nuestros amigos stromma. A ellos, y a Thrawn.

Furtivamente, Trevik volvió a mirar la puerta. Pero el Circúleo seguía de pie bajo el dintel, bloqueando cualquier posibilidad de una huida fácil.

—¿Por qué me estáis diciendo todo esto? —preguntó, volviéndose a su hermano.

—Thrawn necesita información de forma urgente si queremos vencer a Nuso Esva y liberar a nuestra Reina de su agarre —dijo Jirvin—. Tú, hermano, eres el único que puede obtener esa información.

—Imposible —repitió Trevik, dejando escapar de nuevo la palabra sin pensar—. Soy un Midli leal. Más que eso, soy el copero de la propia Reina.

—Has sido copero por un único día —se burló uno de los otros Midlis—. No hagas que parezca que está en juego todo tu pasado y el honor de tu familia.

—Puede que no esté en juego mi pasado, pero desde luego sí el honor de mi familia —insistió Trevik—. En cualquier caso, no puedo traicionar a mi Reina de semejante manera.

—Ella ya no es tu Reina —murmuró el Circúleo de la puerta con voz grave—. Se ha convertido en un mero instrumento de Nuso Esva.

—No puedo creer eso, y no lo creeré —replicó Trevik—. La Reina busca sólo lo mejor para su pueblo, y para todo el pueblo de Quethold. —Apuntó al Circúleo con dos dedos—. El enemigo es ese tal Thrawn. He escuchado a Nuso Esva decirlo.

—¿Has escuchado que la Reina lo dijera? —preguntó Jirvin.

Trevik se volvió hacia él, con una rápida y mordaz respuesta hirviendo en su interior

Entonces se detuvo, sin pronunciar las palabras. ¿Realmente había dicho la Reina esas palabras en su presencia? Ahora que pensaba en ello, no podía recordar que lo hubiera hecho.

—Eso no importa —dijo con cabezonería—. Nuso Esva está aquí, y es el invitado de la Reina.

—Es su captor, no su invitado —dijo el Circúleo—. Servirías mejor a la Reina aliándote con nosotros que quedándote ocioso a su lado mientras él la utiliza.

—No habéis mostrado ninguna prueba de ello —insistió Trevik.

—Tú no has mostrado ninguna prueba de lo contrario.

Trevik soltó un bufido de desdén.

—Tu desafío es inútil. ¿Cómo se puede probar una negación?

—Tomando la holocámara que nuestros amigos stromma nos han dado —dijo Jirvin, con voz seria y grave—. Tomando imágenes de la Reina, y de Nuso Esva, y de las obras de arte con las que él ha decorado la Morada de los Huéspedes, para que podamos descubrir la verdad.

Trevik parpadeó.

—¿Las obras de arte?

—Thrawn es capaz de leer el interior de los corazones de las personas a través de sus gustos artísticos —dijo Jirvin—. O eso afirman los stromma.

—Las imágenes también probarán que la Reina está con Nuso Esva por propia voluntad —añadió el Circúleo—. Si es que realmente lo está.

—Si está aliada con él libremente, entonces cejaremos de inmediato en nuestro empeño —aseguró Jirvin a Trevik—. Al igual que tú, hermano, sólo buscamos lo mejor para nuestra Reina, nuestra ciudad, y nuestro mundo.

Trevik bajó la mirada al suelo. La Reina había aceptado a Nuso Esva como invitado; estaba seguro de ello. Pero no había forma de demostrar eso a Jirvin y los demás salvo hacer lo que le pedían.

—Muy bien —dijo, con las palabras escociéndole en la garganta—. ¿Dónde está esa holocámara?

Jirvin se levantó de su sillón y extrajo un objeto pequeño y plano de uno de los bolsillos de su chaleco.

—Aquí —dijo, depositándolo en la mano de Trevik.

Trevik frunció el ceño. El dispositivo era aún más pequeño que el más pequeño de sus dedos.

—¿Esto es una cámara?

—Lo es —confirmó Jirvin—. Si te fijas, verás que tiene la misma textura y los mismos colores que tu chaleco de copero oficial. Una vez la fijes ahí, será invisible incluso para el observador más avezado.

Trevik tuvo que admitir que tenía razón al menos en eso. La cámara se camuflaría perfectamente. Fuera quien fuese ese stromma, sabía exactamente el aspecto del chaleco de un copero.

—¿Cómo la manejo?

—Toca la esquina superior derecha cuando llegues a la Morada de los Huéspedes —dijo Jirvin—. La propia cámara hará el resto.

—Y asegúrate de que toma una imagen de todas las obras de arte de Nuso Esva durante el tiempo en que estés en la morada —añadió el Circúleo.

—Lo haré. —Trevik se incorporó—. Y traeré pruebas de que la Reina realmente ha elegido a Nuso Esva como nuestro aliado. ¿Cesaréis entonces esta locura?

—Si nos traes tales pruebas, cesaremos —prometió Jirvin—. Pero si la prueba es de su cautiverio bajo el poder mental de Nuso Esva, entonces continuará nuestra oposición a su presencia.

Trevik hizo una mueca. ¿Cómo probar una negación? Pero estaba claro que eso era lo mejor que iba a conseguir.

—Traeré la cámara mañana a esta hora —dijo, levantándose del sillón—. Y entonces desistiréis.

—De acuerdo —dijo el Circúleo, apartándose finalmente de debajo del dintel—. Adiós. Que comas y duermas profundamente.

—Que comas y duermas profundamente —respondió Trevik con una sensación de pesadez en el pecho.

Un minuto más tarde volvía a estar caminando bajo el extraño cielo, dirigiéndose a su hogar. Sin duda tenía razón. Sin duda la Reina había elegido a Nuso Esva como aliado por voluntad propia y tras pensarlo detenidamente.

Pero si no era así, ¿qué pasaría con ella? ¿Qué pasaría con el resto de los quesoth?

Y, aún más urgente, ¿qué pasaría con Trevik si le descubrían espiando para Thrawn?

No tenía modo de saberlo. Pero estaba seguro de que no sería agradable.

***

Trevik no durmió bien esa noche, y su comida fue igualmente insatisfactoria. Se despertó pronto, se acicaló con especial esmero, y se aseguró de estar en palacio unos minutos antes de lo preciso. La copa de néctar le estaba esperando junto a la litera de la Reina en la cámara de bienvenida, junto con los Obreros que llevarían las dos literas y la mitad de

los Soldados que los escoltarían. Borosiv llegó unos minutos más tarde y sin mediar palabra tomó su lugar en la litera más pequeña.

Su sincronización fue perfecta, lo mínimo que podía esperarse del Circúleo que era el ayudante electo de la Reina. Apenas un minuto después de que Borosiv se acomodó en su lugar, se abrieron las puertas internas y la Reina entró en la cámara de bienvenida, flanqueada por los otros seis soldados de su guardia. Subió a su diván, y los Obreros levantaron ambas literas sobre sus hombros.

Y con Trevik tratando de no parecer tan nervioso como se sentía, el grupo salió por la puerta cruzando el patio hacia la Morada de los Huéspedes.

Después de toda la preocupación de la tarde y el escaso sueño de la noche, el día resultó ser agradablemente anticlimático. Nadie vio la cámara, camuflada en el dibujo del chaleco de Trevik, y tomar las imágenes que Jirvin quería fue más fácil de lo que esperaba. Para cuando la Reina indicó a los Soldados que rompieran el anillo defensivo en el exterior de la Morada y el grupo regresó al palacio para su comida de mediodía, había conseguido colocar la holocámara frente a todas y cada una de las obras de arte que Nuso Esva había escogido. Después de la comida, cuando regresaron a la Morada para proseguir la charla con Nuso Esva, se aseguró de tomar algunas imágenes más.

Hubo otra gran diferencia entre el primer y el segundo día de Trevik como copero de la Reina. El día anterior, su mente había estado totalmente centrada en mantenerse inmóvil con la copa estable. Esta vez, después de todas esas cosas extrañas que Jirvin había dicho, hizo un esfuerzo por escuchar la conversación.

Fue confuso. Eso no sorprendió a Trevik; después de todo, era la Reina de los Rojos junto con un alienígena al que encontraba lo bastante inteligente como para pasar horas conversando con él. Su conversación probablemente estuviera por encima incluso de la sabiduría e inteligencia de un Circúleo, por no hablar de un simple Midli como él.

Pero las partes que sí entendió eran inquietantes. Se habló de lanzaderas, y de la construcción de naves de lucha, y de armas que o bien estaban ocultas o pronto lo estarían. Se habló de escudos-paraguas, y trampas, y de más armas ocultas.

Y se habló mucho de muerte.

Pero nada de eso era importante. Lo que importaba era que la Reina claramente no era una prisionera de Nuso Esva y el resto de los cabello tormentoso.

Esa noche, más tarde, al devolver la cámara a Jirvin, dijo a su hermano exactamente eso. Jirvin no dijo nada, aparte de reafirmarse en su promesa de que él y los demás abandonarían su oposición a la reina si la grabación confirmaba las observaciones de Trevik. Habiendo completado finalmente su misión inesperada e impuesta, Trevik regresó de nuevo a su hogar.

Y, esa noche, comió y durmió profundamente.

***

La grabadora estalló en una confusa cacofonía de chirridos y chasquidos.

—Salid por las puertas de la Morada —tradujo Nyama, con las orejas temblando de concentración mientras escuchaba la grabación que su contacto Circúleo había entregado una hora antes—. Rodead y proteged a los Huéspedes.

Se escuchó otro chirrido.

—Obedecemos a la Reina —tradujo Nyama. Se escuchó un débil sonido de pasos, y luego el ruido de unas puertas abriéndose y cerrándose—. Y se van —añadió Nyama, recostándose en su asiento—. Todo lo demás a partir de ahora debería ser en Lenguaje Común Quesoth. Supongo que lo comprenden.

—Lo entendemos —dijo Parck, mirando a Thrawn en la cabecera de la mesa de conferencias. Los brillantes ojos del gran almirante se habían reducido a dos estrechas rendijas, con toda su atención aparentemente dedicada a las fotos de la Morada de los Huéspedes que también había proporcionado la grabadora secreta—. ¿Qué sabe acerca del Lenguaje de los Soldados, Enlace Nyama? —preguntó Parck mientras programaba una búsqueda rápida en la pista de audio.

El stromma soltó un bufido.

—Obviamente, puedo entenderlo —dijo—. ¿Qué más hay que saber?

—Lo que el Enlace del Consejo Nyama quiere decir —indicó el conciliador—, es que no hay ninguna otra cosa que nadie salvo una Reina y un Soldado quesoth puedan saber. Es un lenguaje altamente secreto.

—Y aun así, usted lo conoce —señaló Parck—. Al igual que varios de nuestros reclutas stromma.

—Incluyendo dos de mis soldados de asalto —dijo Balkin.

—¿Y la comprensión les va a servir de algo? —replicó Nyama—. Desde ahora les digo que no será así. Hemos luchado contra los quesoth, capitán Parck. Todo lo que la comprensión del Lenguaje de los Soldados puede ofrecerles es la breve ventaja de saber cuál de sus soldados será el próximo en morir.

—Cosa que también puede resultar útil —dijo Thrawn, alzando la mirada de su tableta de datos—. Y aún más importante, la comprensión de un lenguaje es el primer paso para hablarlo o reproducirlo de alguna otra forma.

—No —dijo secamente Nyama—. No se puede reproducir el Lenguaje de los Soldados. Créame, almirante Thrawn, lo intentamos.

—Eso fue hace mucho tiempo —le recordó Thrawn—. Tenemos recursos de los que ustedes no disponían entonces.

—No se puede reproducir el Lenguaje de los Soldados —repitió Nyama, esta vez con tono más tajante—. Las reinas tienen un conjunto único de cuerdas vocales y cavidades de resonancia, que ni siquiera los propios soldados tienen. Aparte de eso, el lenguaje de los Soldados utiliza al menos cinco variantes de resonancia y tono distintas, por no mencionar un vocabulario completamente distinto al del Lenguaje Común. Los catorce altavoces que han dispuesto bajo la zona de paraguas de escudo tienen que haber sido diseñados especialmente para soportar todo ese rango.

—¿Así que no usan comunicadores en combate? —preguntó Fel.

—¿No me está escuchando? —dijo Nyama entre dientes—. He dicho que necesitaban altavoces espaciales. Ningún comunicador puede acercarse ni de lejos a soportar el rango de frecuencias necesario. Sus altavoces son simplemente muy pequeños.

—Sí, le hemos escuchado —dijo Fel—. Así que si podemos inutilizar los altavoces, cortamos toda comunicación entre la Reina y sus tropas.

—Para lo que les serviría eso… —dijo Nyama con desdén—. Se limitarían a seguir sus órdenes previas. Seguramente algo simple como «Matar a todos los atacantes».

—Puede haber otras formas de aprovechar esa clase de sistema de comunicaciones —dijo Thrawn.

Nyama soltó un bufido.

—Si usted lo dice…

—Esperen… vuelve a oírse el Lenguaje de los Soldados —interrumpió Parck cuando el ordenador detectó las claves lingüísticas. Subió el volumen, torciendo el gesto cuando los sonidos chirriantes volvieron a asaltar sus oídos.

El monólogo fue breve.

—¿Enlace Nyama? —invitó Parck.

—Nada útil —dijo Nyama—. Soldados: Escoltad a vuestra Reina al Palacio.

—Creía que todos los Soldados estaban fuera —dijo Fel.

—Hay salidas de aire cerca del techo —dijo Thrawn, volviendo la mirada en las imágenes que había captado la holocámara—. Pueden escuchar las órdenes por ahí.

Pero Parck podía ver ahora que las líneas de tensión en el rostro de su comandante se habían suavizado.

—¿Ha encontrado algo, almirante? —preguntó.

—Creo que es posible que haya encontrado la solución —dijo Thrawn, dejando a un lado la tableta de datos—. De las obras de arte que Nuso Esva ha elegido para decorar su entorno, preveo que desplegará la mayoría de sus fuerzas en el extremo occidental de la ciudad, rodeando la Avenida del Sol Poniente.

Disimuladamente, Parck miró a Nyama. La habilidad única de Thrawn de leer el núcleo más profundo de la psicología de una especie a través del estudio de sus obras de arte era una de sus mayores fortalezas, permitiéndole anticipar los movimientos y tácticas de batalla de sus oponentes. Los nuevos aliados que veían una demostración por primera vez reaccionaban inevitablemente con sorpresa, asombro, o incredulidad.

Aparentemente, Nyama había elegido la tercera opción.

—Una deducción brillante —dijo el stromma con sarcasmo—. Por supuesto que concentrará allí sus fuerzas… ese es el único punto del perímetro donde sus tanques pesados Juggernaut pueden entrar a la ciudad. En todos los demás lugares, los paraguas de escudo de Nuso Esva tienen los bordes en un ángulo que impide el paso a vehículos de cualquier tamaño.

—Lo que sugiere que la Avenida del Sol Poniente es la entrada a una trampa —sugirió Balkin.

—Desde luego —convino Thrawn con calma—. Porque la zona no estará vigilada sólo por Soldados quesoth. También tendrá cierto número de emplazamientos de armas pesadas ocultos en la ruta, esperando a nuestros Juggernauts. Conforme nuestras fuerzas entren en la ciudad, hará descender el ángulo de los paraguas de escudo a lo largo de la ruta, para proteger los generadores de los escudos del fuego de los Juggernauts, así como para evitar que los tanques se desvíen de ese camino. Una vez los Juggernauts se hayen una distancia predeterminada en la ciudad, hará estallar el primero y el último de la hilera, atrapando así a todos los demás. Llegado a ese punto, puede destruirlos a su antojo.

Parck asintió, con sabor amargo en la boca. Era una táctica que había visto usar a Nuso Esva con efectos devastadores en encuentros previos contra algunos de los demás aliados del Imperio de la Mano.

—Entonces, ¿cómo lo evitamos? —preguntó.

—Primero le dejamos pensar que su plan está funcionando —dijo Thrawn—. Eso implica enviar la hilera de Juggernauts tal y como él espera. —Los ojos le brillaron—. Pero antes de que pueda lanzar su ataque, destruimos la trampa.

—Deje que adivine —gruñó Nyama—. El comandante de escuadrón Fel y sus expertísimos pilotos de TIE vuelan atravesando los huecos entre los paraguas de escudo y hacen volar las armas ocultas.

—Se burla, pero en realidad es muy posible hacerlo —dijo Fel—. Los escudos no se solapan tan bien como debieran. Hay numerosos huecos entre ellos, incluyendo al menos uno a lo largo de las partes más escarpadas de la colina principal de la ciudad que es lo bastante grande para atravesarlo volando si llegamos justo con el ángulo adecuado. Una vez que hayamos entrado, por debajo de los escudos, todo salvo el palacio y los terrenos del palacio estaría a nuestra merced.

—Eso asumiendo que sus pilotos sean capaces de introducirse en el ángulo necesario —replicó Nyama—. En el calor y el fragor de la batalla, tal precisión sería imposible.

Fel se encogió de hombros.

—Lo imposible es la especialidad del Escuadrón Gris.

—¿Y qué hay de los cañones láser dispersos por toda la ciudad? —insistió Nyama—. Les dimos esos cañones, comandante Fel, años antes de la intrusión de Nuso Esva en esta región. Cada uno de ellos es un cañón doble, con capacidad de fuego rápido y suficiente potencia para llevarse por delante a uno de sus tan cacareados cazas TIE de un solo disparo. Y tienen potentes escudos delanteros, lo que hace casi imposible destruirlos desde sus propias líneas de fuego.

—Pero sólo tienen sistemas manuales de puntería —les recordó Thrawn—. Y los mismos escudos que los protegen también los hacen pesados y poco manejables. Incluso los artilleros más expertos de Nuso Esva tendrán problemas con la velocidad de ataque de los TIE.

—A menos que los TIE vayan directos a ellos, como es el caso en el escenario planteado por el comandante Fel —dijo ácidamente Nyama—. No, almirante Thrawn. Confíe en mí: sus cazas TIE serán inútiles en esta batalla.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Ya veremos.

—¿Ya veremos? —repitió Nyama—. Dígame, almirante: Si los turboláseres del *Amonestador* son incapaces de penetrar los escudos, ciertamente sus TIEs no serán capaces de hacerlo. ¿Para qué los utilizará entonces? ¿Para destruir los hogares de los Obreros y los Soldados que se encuentran fuera de la zona de escudos?

—No hacemos la guerra a los civiles, Enlace Nyama —dijo Thrawn, con voz súbitamente fría y brusca—. Un hecho que usted bien sabe.

Durante un segundo, la oposición de Nyama pareció flaquear. Enseguida, volvió a reafirmarse en la actitud natural de liderazgo propia de su especie.

—Entonces, ¿qué harán? —preguntó.

—Como el comandante Fel ya ha dicho, hay huecos entre los escudos —dijo Thrawn—. Mientras los Juggernauts se adentran en la ciudad, los TIEs dispararán por esos huecos con el objetivo de destruir uno o más de los generadores de escudo.

—¿Generadores que quedan protegidos por los mismos escudos que crean? —se mofó Nyama—. No se le puede dar a los generadores a menos que ya se esté bajo los escudos.

—A menos que se dé el caso de que un hueco entre dos escudos abra un vector de disparo hacia un tercero —señaló Thrawn—. Admito que la probabilidad es baja, pero como el comandante Fel ha señalado, la cobertura no es tan buena como habría sido si Nuso Esva hubiera tenido más escudos disponibles. Y si un ataque así tiene éxito, los TIEs estarían en posición de aprovecharse totalmente de la situación. Pero no, la perdición del plan de Nuso Esva no serán nuestros cazas TIE, sino nuestras tropas de asalto.

—¿Sus tropas de asalto?

Al otro lado de la mesa, Balkin se estremeció ante el desprecio implícito a sus fuerzas. Thrawn alzó la mano con gesto tranquilizador, y el otro imperial se calmó ligeramente.

—Nuso Esva habrá indicado a la Reina que disponga el grueso de sus soldados a lo largo de la Avenida del Sol Poniente para evitar una incursión desde los Juggernauts —dijo el almirante—. Por tanto, haremos que una pequeña fuerza de tropas de asalto entre a la ciudad al sudoeste del asalto principal, ascendiendo hacia el flanco sur de la hilera de Juggernauts, para que ataque los generadores de escudo de la avenida desde atrás.

Nyama meneó la cabeza.

—Nuso Esva no se quedará sentado de brazos cruzados dejando que eso ocurra. Ni tampoco la Reina de los Rojos. Los Soldados alineados en la ruta de ataque simplemente darán la vuelta y se lanzarán contra las tropas de asalto.

—Por supuesto que lo harán —dijo Thrawn—. Cuando eso ocurra, las tropas de asalto se retirarán, alejándolos aún más de los Juggernauts y los escudos. —Sonrió

ligeramente—. Y cuando estén demasiado lejos para responder, emergerán las tropas de asalto del interior de los tanques, se abrirán paso entre los Soldados restantes, y destruirán los escudos.

Nyama soltó un bufido.

—¿Y todo esto contra Soldados quesoth? Tiene demasiada confianza en sus humanos, almirante Thrawn.

—Las tropas de asalto de la 501 consisten en humanos y no humanos —le recordó Thrawn con calma—. Incluyendo varios de su propia gente.

—Ya no. —Abruptamente, Nyama se puso en pie—. Ya he escuchado suficiente. El consejo stromma no arriesgará a sus soldados en este ataque alocado. Y especialmente no en un ataque contra nuestros aliados. Por la presente retiro a todos ellos del servicio imperial, con efecto inmediato.

A su lado, el conciliador no pudo evitar que se le desencajara la mandíbula de pura incredulidad.

—Lo que el Enlace del Consejo Nyama quiere decir…

—El Enlace del Consejo Nyama quiere decir exactamente lo que ha dicho —interrumpió Nyama—. Dé las órdenes, almirante Thrawn. O las daré yo por usted.

Por un largo instante, la sala pareció estremecerse con el silencio de la muerte inminente. Nyama se irguió sobre Thrawn, aún sentado, como una montaña cubierta de hierba, con fieros ojos negros y un gesto en los labios que advertía que era mejor no discutir con él.

Thrawn se removió en su asiento.

—Muy bien, Enlace del Consejo —dijo—. Si no desea ayudar a liberar a sus aliados de sus ataduras, ordenaré a su gente que vaya a sus transportes.

—Lo que no deseo es que mi gente muera en vano —se reafirmó Nyama—. Y será en vano. En dos años, Nuso Esva y lo que quede de sus Elegidos se darán cuenta que son los amos de una ciudad desierta. Si para entonces usted insiste en tener su venganza, gustosamente marcharemos a su lado y cantaremos una canción en su honor mientras le destruye. Pero no malgastaré mi gente en una batalla fútil e inútil.

Miró fijamente al conciliador, como si desafiase al joven stromma a que se atreviera a suavizar sus palabras. Pero el conciliador había aprendido su lección, y permaneció en silencio.

—Nuso Esva puede causar grandes daños en esos dos años —dijo Parck. Sabía que hacer eso no era algo especialmente diplomático, contradiciendo las palabras de un enlace del consejo stromma. Pero no tenía la intención de dejar que su comandante cargara él solo con todo el peso del desdén de Nyama—. Y hay instalaciones de manufactura en Ciudad Roja que podría usar con efecto devastador. ¿Está dispuesto a limitarse a quedarse a un lado y observar cómo ocurre eso?

—La Reina de los Rojos invitó a Nuso Esva a su ciudad —dijo Nyama, lanzando una mirada cargada de ácido a Parck—. Lo que ocurra ahora recae sobre su cabeza, y sobre las cabezas de su gente. —Se volvió hacia Thrawn—. Regreso a mi lanzadera, almirante

Thrawn. Espero que todos los stromma bajo su mando se reúnan en la bahía del hangar del *Amonestador* antes de una hora.

—Daré la orden —dijo Thrawn.

Nyama mantuvo durante un par de segundos más la mirada del almirante, y luego se alejó de la mesa y salió de la sala con grandes pasos.

El conciliador se levantó, con el rostro lleno de dolor.

—Almirante…

—Vaya con su superior —dijo Thrawn, con rostro impasible.

El joven stromma miró con aire indefenso al resto de personas alrededor de la mesa, y luego asintió con la cabeza y se marchó sin más palabras.

—Bueno —dijo Fel, rompiendo el silencio—. Ha ido bien.

—Aunque era de esperar —dijo Parck pesadamente, mostrando su acuerdo.

—Cierto. —Fel miró a Thrawn, alzando una ceja—. Almirante, usted sabe que yo no estaba exagerando acerca del tamaño de ese hueco. Si entras con el ángulo equivocado y rozas uno de esos escudos, esa sección de ala queda destrozada y te da impulso suficiente para mandarte en espiral directo a tierra.

—Tengo plena confianza en que usted y sus pilotos harán que funcione, comandante. —Thrawn se volvió hacia Balkin—. Así como confío en que usted y sus tropas de asalto cumplan con su parte.

—Lo haremos, almirante —dijo Balkin con un hilo de voz.

—¿Entonces el plan sigue adelante? —preguntó Parck.

—Así es —confirmó Thrawn.

Parck sintió que le temblaba el labio.

—He hablado con algunos de los otros stromma que comprenden el Lenguaje de los Soldados quesoth —dijo—. Dicen que incluso si somos capaces de grabar suficientes órdenes de la reina durante la batalla, será imposible que podamos cortar y pegar las palabras para crear nuestras propias contra-órdenes.

—Mis reclutas stromma dicen lo mismo —confirmó Balkin—. Hay alguna clase de ritmo en la frecuencia de subarmónicos que un conjunto de palabras unidas aleatoriamente no podría reproducir.

—Ya lo veremos —dijo Thrawn—. ¿Alguna otra duda o comentario?

Parck miró en torno a la mesa. Nadie parecía inclinado a decir nada más.

—Entonces pueden marcharse —dijo Thrawn con aire formal—. Hagan sus últimos preparativos, y que sus fuerzas coman y descansen. —Sus ojos brillaron—. Mañana, a media mañana, atacaremos.

***

No estaba en la naturaleza de los soldados de asalto imperiales ocultarse fuera de la vista. Todo su entrenamiento y forma de actuar, por no mencionar su brillante armadura blanca, tendía a apuntar precisamente en la dirección opuesta.

Sin embargo, el soldado de asalto Lhagva de la unidad stromma estaba tratando de permanecer lejos de las miradas de todo el mundo.

Durante la primera hora lo consiguió, caminando por una tranquila ruta entre la zona de la cocina principal de la tropa del *Amonestador* y las instalaciones de almacenamiento de equipo, eligiendo un camino que los oficiales superiores raramente usaban salvo que tuvieran una razón para estar allí. Mantuvo el oído bien alerta mientras caminaba en silencio, escuchando en busca de tonos de voz elevados y pasos firmes y determinados.

Habían pasado diez minutos de la segunda hora cuando su suerte se acabó. Al pasar junto a una pila de cajas sujetas con redes de seguridad, se topó de frente con el teniente de línea Dramos Sanjin, sentado con aire casual en el asiento de una barredora de reconocimiento Mobquet.

—Soldado de asalto Lhagva —dijo Sanjin con un aire casual claramente artificial—. Parece que no ha escuchado la orden de que todos los stromma a bordo del *Amonestador* debían acudir a la cubierta de hangar Número Tres para su desembarco.

—Mis disculpas, teniente —dijo Lhagva, tratando de fingir la mezcla adecuada de sorpresa y desazón—. Últimamente he tenido problemas con mi audición.

—¿En serio? —dijo Sanjin—. No parecía que tuviera ningún problema con la orden del comandante Balkin de presentarse en el campo de prácticas, esta misma tarde.

Lhagva hizo una mueca. Sanjin le había pillado, y realmente no merecía seguir por más tiempo con la farsa.

—Escuché el rumor de que todos los stromma iban a ser enviados de vuelta antes del ataque —dijo—. Yo quería quedarme.

—¿Se cree autorizado para ignorar las órdenes que no le apetece obedecer?

—Me necesitan, teniente —dijo Lhagva, dolorosamente consciente de que estaba caminando en una línea extremadamente estrecha—. Puriv y yo somos los únicos de la fuerza de asalto que comprendemos el Lenguaje de los Soldados quesoth. Somos los únicos que podemos ofrecerles cualquier advertencia previa de lo que la Reina de los Rojos esté ordenando hacer a sus fuerzas.

—Sin embargo Puriv abandonó el *Amonestador* como se ordenó —dijo Sanjin—. ¿Me está diciendo que él no tenía la misma lealtad a la unidad que tiene usted?

—Puriv tiene una familia, y un fuerte honor familiar que debe mantener —dijo Lhagva—. Desobedecer sus órdenes los habría avergonzado a todos.

—¿Mientras que usted es un huérfano que no tiene a nadie que avergonzar?

—Soy un huérfano que no deshonraría a nadie salvo a mí mismo —corrigió Lhagva—. Estoy dispuesto a aceptar esa vergüenza.

—Los castigos stromma pueden ser severos —advirtió Sanjin—. Los castigos imperiales pueden ser incluso peores.

—Lo entiendo —dijo Lhagva—. Castígueme o degrádeme como deba, teniente. Pero se lo ruego, no haga nada de eso hasta pasado mañana.

Sanjin estudió el rostro de Lhagva.

—¿Tan importante es esta batalla para usted?

—Los quesoth son aliados de los stromma —dijo Lhagva—. Aún más, pasé dos años en el enclave diplomático stromma en los límites de la Ciudad Negra. Esta gente me cae bien, y no quiero ver cómo son destruidos.

—¿Y usted cree que eso es probable?

—Si no se detiene a Nuso Esva, es el único resultado posible —dijo Lhagva—. Si tiene éxito al controlar la Ciudad Roja, sólo será cuestión de tiempo antes de que también tome la Ciudad Blanca, y luego la Ciudad Negra, y luego todo el planeta.

—¿Y usted quiere que se le detenga?

—Sí, señor, eso quiero.

—¿Incluso arriesgando su propia vida y su honor?

—Soy un soldado de asalto imperial, teniente —dijo Lhagva—. Vivo o muero según la voluntad de mis superiores y mi comandante.

—¿Y si esos mismos superiores deciden que usted debe quedarse fuera de esta acción?

Lhagva tragó saliva, deseando poder descifrar el rostro de Sanjin. Pero las expresiones humanas siempre le habían sido muy difíciles de comprender.

—Entonces renunciaré a mi puesto y acompañaré a mi antigua unidad a la superficie, como civil —dijo—. Colándome como polizón en el transporte si fuera necesario.

Durante unos largos instantes, Sanjin se limitó a mirarle fijamente.

—Ese problema de audición suyo —dijo finalmente—. Va y viene, ¿no es cierto?

Lhagva tardó un instante en darse cuenta a qué se refería Sanjin. Y los ojos del humano tenían un extraño aspecto.

—Sí, señor, así es —dijo—. Como dije antes…

—Parece serio —le interrumpió Sanjin—. Será mejor que se presente en la cubierta médica. Informaré al oficial de enlace stromma de que usted permanecerá a bordo hasta que los droides de diagnóstico hayan completado sus análisis y tengan preparado un tratamiento. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Estoy seguro de que se le ordenará permanecer en la cubierta médica hasta que todos los transportes de asalto despeguen mañana a media mañana.

—Con suerte, mi oído funcionará perfectamente cuando se de esa orden. —Lhagva inclinó la cabeza—. Gracias, teniente.

—No me las dé aún —advirtió Sanjin—. Aún mejor, no me dé las gracias en absoluto. Si ambos seguimos vivos mañana a estas horas, seguramente el capitán Parck nos despellejará vivos a ambos. Eso siempre que el comandante Balkin no nos alcance antes. —Señaló con la mano—. Vaya a la cubierta médica, y descanse un poco. De una forma u otra, es muy probable que el día de mañana no termine nada bien.

***

Era media mañana, y Trevik estaba de nuevo sujetando la copa de néctar junto a la Reina, cuando uno de los cabello tormentoso entró inesperadamente en la Morada de los Huéspedes con un informe urgente.

Las fuerzas del gran almirante Thrawn habían abandonado la caravana estelar y avanzaban hacia los límites de la Ciudad Roja.

—Excelente —dijo Nuso Esva, casi con un tono de ansiosa satisfacción en su voz—. ¿Está todo preparado?

—Todo está preparado —confirmó el otro cabello tormentoso.

Nuso Esva se volvió hacia la Reina.

—¿Sus fuerzas también están dispuestas como ordené, oh, Reina?

Los ojos de Trevik se desviaron hacia la litera de la Reina. ¿Los Soldados de la Reina, como Nuso Esva había ordenado? *¿Había ordenado?*

Semejante desfachatez debería haber causado que Nuso Esva recibiera palabras de dura reprimenda, tal vez incluso la muerte a manos de los Soldados que mantenían su vigilancia habitual en el exterior de la Morada. Pero para aún mayor sorpresa de Trevik, la Reina no respondió de ninguna de las dos maneras.

—Están dispuestas de ese modo —dijo en su lugar—. ¿Está seguro de que sus armas pueden detener a las fuerzas invasoras?

—Harán algo más que simplemente detenerlas, oh, Reina —dijo Nuso Esva con torva satisfacción—. Hoy es el comienzo de su dominio final sobre este mundo.

De nuevo, Trevik miró de soslayo a la Reina. Pero esta vez, su mirada subrepticia iba acompañada de una oleada de incomodidad que le recorrió el cuerpo como una columna de humo negro. ¿Qué quería decir Nuso Esva con *dominio*? Dentro de dos años, la Reina de los Blancos se alzaría, el aire cambiaría, y la Reina de los Rojos moriría. Los Circúleos entrarían en hibernación en la ciudadela inferior del palacio, desde donde se alzarían y alumbrarían una nueva Reina cuando regresara su parte del ciclo. Una vez que la ciudadela quedara sellada, los Midlis, los Soldados y los Obreros comenzarían el largo viaje a la Ciudad Blanca; allí, aquellos que sobrevivieran a la dura experiencia, se reunirían con la descendencia de la Reina de los Blancos. Dieciocho años más tarde, se alzaría la Reina de los Negros, y el ciclo comenzaría de nuevo.

Pero la Reina de los Rojos —la *actual* Reina de los Rojos— seguiría llevando mucho tiempo muerta. ¿A qué podría referirse Nuso Esva al hablarle de su dominio sobre Quethold?

Trevik no tenía ni idea. Pero tampoco tenía ninguna duda de que, fuera cual fuese el significado, no iba a gustarle.

***

Los ocho transportes se posaron en el límite de la Ciudad Roja, aterrizando en un espaciado semicírculo en la llanura justo fuera del anillo más externo de hogares de Obreros. La formación en semicírculo era algo muy típico de Thrawn, observó Fel

mientras él y sus tres escuadrones de cazas TIE proporcionaban vuelo de cobertura sobre la zona de aterrizaje. La Avenida del Sol Poniente, el camino que les conduciría al este, hacia la ciudad, era el punto de entrada designado, y Fel conocía comandantes que habrían centrado automáticamente sus fuerzas en ese vector para proporcionar máxima cobertura de flanqueo al avance principal.

Pero Thrawn hacía las cosas con algo más de sutileza. En lugar de eso, este semicírculo estaba centrado en un arroyo que fluía en dirección oeste-sudoeste a través de la ciudad, cruzando la hilera de transportes más o menos a medio kilómetro al sur de la Avenida del Sol Poniente. La suave pendiente de las orillas del arroyo ofrecía otro amplio punto de entrada, uno que un comandante inteligente y poco convencional podría elegir explotar. Ciertamente era una táctica que Thrawn podría llegar a usar, y una que sin duda Nuso Esva habría anticipado.

Como era de esperar, en ese momento Fel podía ver movimiento en las partes más internas de la ciudad, las zonas de los Midlis y los Circúleos protegidas por los paraguas de escudo de Nuso Esva. Algunos de los Soldados quesoth que habían sido desplegados estaban abandonando el centro de la ciudad y descendiendo la colina siguiendo el curso del arroyo hacia el puñado de baluartes naturales en las orillas.

Fel sonrió ampliamente. Nuso Esva no sabía que la mayoría de los transportes que se dirigían contra él, incluyendo el que se encontraba en el curso del arroyo, eran sólo para aparentar.

—¿Comandante Fel? —dijo la voz de Thrawn por el comunicador del casco de Fel.

—Hasta ahora, no hay resistencia, almirante —informó Fel—. Veo Soldados desplegándose hacia el arroyo, pero hasta ahora todo el mundo permanece bien dentro de la zona de escudos.

—¿Puede verse alguno de los cañones láser?

Fel se tomó un momento para mirar al tablero táctico compacto de su caza, deseando por un instante estar en su interceptor TIE habitual, con su conjunto de instrumentos mejorado. Pero, por supuesto, el interceptor, más nuevo y elegante, no habría funcionado igual de bien para esta misión en concreto.

—Nada a la vista —dijo—. ¿Hago una pasada por los agujeros más grandes del escudo para ver si puedo atraer algún disparo?

—Aún no, comandante —dijo Thrawn con esa mezcla de respeto, paciencia y diversión que Fel había advertido que parecía usar el gran almirante siempre que hablaba con él—. ¿Hemos interceptado ya alguna de las órdenes de la Reina?

—Negativo también en eso, señor —dijo Fel—. Probablemente todavía estemos demasiado lejos para recibir nada de los altavoces.

—Siga en ello —le indicó Thrawn—. Quiero saber el instante en que comiencen a escuchar Lenguaje de Soldado. ¿Comandante de blindados?

—Comandante de blindados al habla —dijo por el canal una voz plana, no humana.

—¿Están preparados los juggernauts?

—Lo están.

—Despliegue los juggernauts.

Fel hizo virar su caza en un giro cerrado hacia el transporte que se encontraba al otro lado de la Avenida del Sol Poniente. La puerta de acceso se abrió deslizándose en la parte superior curva del vehículo y un juggernaut apareció a la vista, veintidós metros de armas y blindaje pesado, moviéndose un poco torpemente sobre sus diez ruedas mientras maniobraba para salir al camino. Se había estabilizado y comenzaba a avanzar hacia la ciudad cuando apareció el segundo tanque, siguiendo por las marcas que había dejado el primero. Se puso en marcha por el camino justo cuando se hizo visible el que iba tras él.

Fel asintió para sí mismo y viró de nuevo trazando una curva hacia la ciudad. Si los tres primeros juggernauts habían conseguido salir sin problemas, no tenía ninguna duda de que los seis restantes lo harían de igual modo.

Mientras tanto, sus TIEs tenían otra tarea que hacer.

—Escuadrón Gris, formad a mi alrededor —ordenó Fel por su comunicador—. Barrido completo sobre la ciudad. Veamos qué agujeros encontramos para disparar por ellos.

***

El cuarto de los nueve tanques juggernaut había aparecido en la distancia cuando la escuadra de Lhagva salió de su transporte en el primero de los tres vehículos de armazón-A de la fuerza de ataque.

El armazón-A era un aparato sencillo que, según le habían dicho a Lhagva, había sido adoptado de otro de los mundos liberados por Thrawn. Su estructura se parecía mucho a un perchero plegable en forma de A, con ruedas, como los que había visto siendo empujados o arrastrados por las ajetreadas aceras del distrito comercial de su propia ciudad natal. Sin embargo, el armazón-A era mucho más robusto que eso, con ruedas mucho más grandes, un blaster de repetición pesado E-Web/M montado en la parte superior, un motor en el centro, y suficiente espacio a cada lado para que cinco soldados de asalto estuvieran de pie, mirando hacia el exterior. Con el par de estrechos asientos en la sección central para el conductor y el artillero, el vehículo podía transportar una escuadra completa de soldados de asalto de forma rápida y eficiente por terreno medianamente irregular.

La pega, en la que Lhagva siempre pensaba cuando montaba en una de esas cosas, era que también dejaba a los miembros de la escuadra apiñados unos con otros y por tanto vulnerables a una emboscada.

Pero hasta ahora el enemigo no había dado semejante paso. Las casas junto a las que pasaban los tres armazones-A no mostraban signos de vida, ni siquiera la ocasional mirada furtiva de un rostro curioso por ninguna de las ventanas. Aparentemente, todos los Obreros estaban fuera de la ciudad, como era habitual a esa hora de la mañana, trabajando en los campos, bosques y minas que se extendían más allá de la zona urbana.

Y en cuanto a los Soldados, la mayoría de los que Lhagva podía ver desde su posición estaban reunidos en grupos a lo largo del camino previsto de los juggernauts, unos cientos de metros al norte. Daban la espalda a los armazones-A que se acercaban, sin dar muestras siquiera de que tres escuadras de soldados de asalto se acercaban a ellos por el sur. Era como si Thrawn hubiera engañado por completo a Nuso Esva y a la Reina de los Rojos.

Lhagva no creyó en ello ni por un instante.

—Preparaos, soldados —exclamó desde el asiento del artillero del armazón-A—. Las cosas están a punto de calentarse.

Lhagva miró brevemente hacia arriba. Habían llegado al círculo exterior de los hogares de los Midli, y sobre ellos el cielo se había vuelto oscuro y tembloroso al pasar bajo el borde del nuevo trazado de paraguas de escudo de la ciudad. A partir de ese punto, los TIEs del comandante Fel serían incapaces de proporcionar ninguna clase de fuego de cobertura a los soldados de asalto.

Agarrando firmemente su rifle bláster BlasTech E-11, Lhagva volvió su atención a las casas y las zonas abiertas a su lado del armazón-A. Sabía que, fueran cuales fuesen los planes de Nuso Esva, la batalla estaba a punto de comenzar.

***

—Excelente —dijo Nuso Esva, curvando hacia atrás sus labios en una sonrisa y centrando sus facetados ojos amarillos en la hilera de ocho grandes pantallas que los otros cabello tormentoso habían colocado en la zona de reunión de la Morada de los Huéspedes—. Si podemos estar seguros de algo con Thrawn, es de que siempre cumple su horario. —Señaló a uno de los monitores—. Observe, oh, Reina. Ahí llegan sus soldados.

La Reina se inclinó acercándose a la imagen. Disimuladamente, Trevik hizo lo mismo. Los soldados de armadura blanca se dirigían hacia el norte a través de la zona sudoeste de la ciudad, montados en tres estructuras de metal de aspecto frágil que avanzaban a trompicones. En una de las otras pantallas, otros vehículos más grandes y robustos se adentraban rugiendo en la ciudad por la Avenida del Sol Poniente.

Y al igual que los soldados, los grandes vehículos se desplazaban en línea recta. Trevik no sabía gran cosa sobre tácticas, pero eso le parecía estúpido incluso a él.

Aparentemente, también le parecía así a la Reina.

—Ordenaré a mis Soldados que ataquen —dijo, tomando el hablalejos especial que descansaba junto a su reposabrazos, con sus cables serpenteando por toda la sala hasta el conector en la pared—. Acabarán rápidamente con ellos.

—Aún no —dijo Nuso Esva, levantando una mano—. Aún no.

Trevik se estremeció. La mano extendida era una señal de mando, un gesto que Trevik había usado muchas veces cuando supervisaba Obreros, y uno que había recibido a su vez de sus superiores Midlis y de algún que otro Circúleo.

Nadie había usado nunca semejante gesto hacia la Reina de los Rojos. Jamás. El mero hecho de pensar en semejante insulto era algo fantástico e inaudito.

Y, una vez más, la Reina no dio ninguna muestra de tal ultraje.

—Entonces, ¿cuándo? —se limitó a preguntar.

—Sea paciente, oh, Reina —dijo Nuso Esva. Para alivio de Trevik, bajó la descortés mano de nuevo junto a su costado—. Los cazas enemigos están a punto de realizar su primer intento de entrar en mi trampa. Cuando lo hagan, mis soldados abrirán fuego con los cañones bláster ocultos que he preparado…

—Los cañones ocultos que *mis Obreros* han preparado —le corrigió la Reina.

Trevik no estaba seguro, pero le pareció ver que los ojos de Nuso Esva brillaban con nuevo fuego.

—Los cañones que sus Obreros han preparado —corrigió con frialdad—. Una vez abran fuego, destruyendo o dispersando los cazas, los cañones que he… —inclinó la cabeza—… los cañones que *sus Obreros* han colocado a lo largo de la Avenida del Sol Poniente destruirán el primero y el último de los juggernauts de la hilera. Entonces ordenará a sus Soldados que destruyan a las tropas de asalto. Todo va como había predicho. —Nuso Esva volvió los ojos hacia Trevik—. Exactamente como yo había predicho —añadió.

—Sí —dijo la Reina, y por el rabillo del ojo Trevik pudo ver cómo se volvía hacia él. Automáticamente, alzó la copa mientras él se volvía también hacia ella.

Pero para su sorpresa, ella no bebió. Para sorpresa aún mayor, continuó mirándole fijamente.

—¿Oh, Reina? —preguntó, sin saber qué otra cosa decir.

—Nuso Esva de los Primeros de los Cabello Tormentoso en realidad no lo ha predicho todo —dijo—. Tú, Trevik de los Midli de los Séptimos de los Rojos, me has traicionado.

Trevik se quedó helado, con una horrible oleada de miedo y vergüenza explotando en su interior. Ella lo sabía. Sabía lo de su hermano Jirvin y los demás que habían estado en la casa esa noche. Sabía lo de la cámara que Trevik había introducido en la Morada de los Huéspedes. Sabía que Trevik había dado esa cámara a su hermano, quien se la había entregado a Thrawn, el enemigo.

Y Trevik sabía que podía darse por muerto. La Reina llamaría a los Soldados del exterior, y ellos le matarían…

—Cálmese, oh, Reina —dijo Nuso Esva con calma—. Le está asustando. En cualquier caso, difícilmente puede considerarse traición cuando sus acciones son una parte deliberada y necesaria de un plan.

—Las acciones de los Midli pueden haber sido parte de su plan, Nuso Esva —dijo la Reina, sin dejar de mirar fijamente a Trevik—. Pero en el fondo de su corazón, han cometido traición contra su Reina.

—Pensábamos que él le estaba controlando —susurró Trevik, encontrando finalmente su voz—. Me dijeron que le estaba controlando.

—Nadie controla a una Reina de los Quesoth —dijo la Reina con tono sombrío—. Es ella quien controla.

—Cosa de la que deberías haberte dado cuenta desde el principio —dijo Nuso Esva—. ¿Cómo si no crees que ese Circúleo iba a estar dispuesto a fingir que cometía traición? Actuaba así por órdenes de su Reina para poder persuadirte de que tomaras las imágenes que yo quería que Thrawn tuviera.

Trevik apartó su mirada de los ojos fijos de su Reina.

—Persuadirme… —comenzó débilmente.

—Imágenes de eso —dijo Nuso Esva, señalando con la mano los muros de la zona de reunión. Incluso con su rostro y su voz alienígenas era imposible que Trevik dejara de apreciar su profunda y malvada satisfacción—. Obras de arte cuidadosamente seleccionadas para conducir a nuestro inteligentísimo gran almirante a las adecuadas conclusiones erróneas sobre mi estrategia.

Trevik podía sentir cómo el aliento le llegaba en breves y dolorosos jadeos. Jirvin también había dicho eso acerca de Thrawn, que a través del arte podía leer los corazones ocultos de la gente. Trevik había aceptado la palabra de su hermano, pero nunca había creído realmente en ella.

Ahora, al sentir cómo el triunfo de Nuso Esva caía sobre él, supo que realmente era cierto.

—No lo crees, por supuesto —continuó Nuso Esva—. Nadie lo hace. Pero no te quepa duda, Thrawn es capaz de llevar a cabo tal magia. El propio confidente y aliado de la Reina permaneció a bordo de la caravana estelar el tiempo suficiente para poder confirmarlo. —Esta vez, sus ojos brillaron sin lugar a dudas—. Antes de que retirara a todos vuestros aliados stromma de la batalla.

—Cosa que habría hecho igualmente sin la traición de este Midli —dijo la Reina.

—Cálmese, oh, Reina —volvió a decir Nuso Esva—. Deje que observemos y saboreemos la derrota de nuestro enemigo sin esas nimias distracciones. Ya habrá tiempo de sobra más adelante para ejecutar a este Midli y a sus amigos si ese es su deseo. —Se volvió de nuevo hacia las pantallas—. Además, me atrevería a decir que Thrawn tendrá uno o dos trucos más esperando en su manga. Observe… y vea cómo anticipo y destruyo cada uno de ellos.

***

El sexto de los nueve juggernauts había pasado bajo el borde de los paraguas de escudo, y la fuerza de tropas de asalto estaba casi a mitad de camino de flanquear su objetivo, cuando finalmente llegó la orden.

—Comandante Fel, puede iniciar su patrón de ataque —dijo Thrawn—. Veamos a qué nos enfrentamos exactamente.

—Recibido, almirante —dijo Fel, haciendo girar su caza en un suave arco hacia la parte occidental de la ciudad. Thrawn había asumido que Nuso Esva cerraría por

completo todo el conjunto de paraguas de escudo salvo en las zonas al oeste de la ciudad. Pero incluso las suposiciones seguras al 90 por cien debían ser confirmadas, y los TIEs de Fel eran la opción lógica para hacerlo. Especialmente cuando de todas formas no tenían nada mejor que hacer.

Como de costumbre, Thrawn había estado en lo cierto. El barrido del Escuadrón Gris había confirmado que el resto de la ciudad estaba cubierto por completo, con huecos que no eran lo bastante grandes ni para dejar pasar un droide MSE por ellos. Sólo en el sector occidental, donde Nuso Esva había plantado sus trampas, había algo que Fel pudiera usar.

Con los juggernauts y las tropas de asalto camino de la batalla, era el momento de que los TIEs convencieran a Nuso Esva para empezar a hacer saltar esas trampas.

Resultó que el antiguo señor de la guerra no necesitaba ser convencido. Fel estaba pasando sobre el juggernaut que iba en cabeza y comenzando a girar cuando la ciudad bajo él estalló en fuego de cañón láser.

—¡Acción evasiva! —exclamó Fel, realizando un tirabuzón con su caza cuando un disparo atravesó uno de los huecos en el escudo y pasaba rozando su ala de babor. Aunque en realidad sus pilotos no necesitaban esa advertencia—. Apuntad a esos láseres y destruídlos.

Estaba lanzándose a una distancia peligrosamente corta del bosque de paraguas de escudo cuando divisó el enjambre de Soldados quesoth apareciendo desde sus escondites en el anillo de hogares de los Obreros, directamente por detrás de las tropas de asalto del teniente Sanjin.

***

La primera advertencia fue un estallido de Lenguaje de Soldado desde un altavoz oculto a unas pocas manzanas de distancia.

—Soldados ocultos —exclamó Lhagva, traduciendo—. Alzaos y atacad a los invasores de armadura blanca.

—¡A las seis! —gritó de pronto uno de los otros soldados de asalto, apuntando con su E-11 hacia el borde de la zona de paraguas de escudo—. Parece… debe haber un centenar de Soldados, saliendo de las casas de los Obreros.

Lhagva sintió que se le secaba la boca. Un centenar de Soldados, contra treinta y seis soldados de asalto. Nada bueno.

—Tenemos otros ciento cincuenta a las tres —indicó alguien más con voz tensa—. Apuesto a que no quieren que nos acerquemos al palacio.

—Suerte que de todas formas no queramos ir en esa dirección —dijo Sanjin con su calma habitual—. Aquí llega el contingente desde el vector cero.

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando la mitad occidental de la ciudad estalló de repente con fuego láser cuando una docena de cañones láser ocultos abrieron fuego sobre los TIEs que les sobrevolaban.

—Ya era hora —gritó Sanjin por encima del estruendo—. Armazones-A, deteneos; artilleros, tomad los E-Webs. Kicker, encuéntrame algún edificio útil.

Lhagva apartó la mirada de los grandes seres insectoides que se acercaban por su retaguardia, con sus cortas espadas y sus pesadas mazas brillando bajo la luz del sol atenuada por el escudo, y echó un vistazo por el paisaje delante de ellos. Ahí estaba el contingente del vector cero, tal y como Sanjin había dicho: otro centenar o más de Soldados que habían abandonado sus lugares a lo largo de la ruta de inserción de los juggernauts y se dirigían hacia los soldados de asalto.

Y esa era la dirección en la que se esperaba que fuera la fuerza de as alto de Sanjin.

Lhagva miró al oeste. Hasta ahora, esa zona aún seguía libre de quesoth. Si Sanjin daba la orden, y si hacían girar los armazones-A y los exprimían al límite, probablemente podrían salir fuera de los paraguas de escudo, hacia la cobertura de los TIE que se encontraban delante de los tres grupos de Soldados.

Pero eso significaría retirarse. Y los soldados de asalto imperiales nunca se retiraban. No cuando tenían un trabajo que hacer.

Ni siquiera cuando eran superados en número por diez a uno.

—¿Kicker? —preguntó Sanjin.

—Sí, señor —respondió un soldado de asalto de una de las otras escuadras, con los ojos fijos en el sensor portátil que colgaba de su hombro—. Uno de los generadores de escudo está ahí. —Señaló una casa modesta justo enfrente y al este—. El siguiente más cercano está por ahí —añadió, señalando otra casa al noroeste—. ¿Es suficiente, o quiere otro más?

—Dos deberían bastarnos —dijo Sanjin, mirando a un lado y a otro, a los grupos de Soldados que se acercaban—. Si podemos inutilizar ambos generadores, debería abrir el cielo lo suficiente para que los TIES pasen por los huecos y accedan a toda la ciudad. Escuadra tres, os ocuparéis de la casa al este. Escuadras uno y dos, venís conmigo a la otra.

Hubo otro estallido de Lenguaje de Soldados desde el altavoz cercano.

Soldados del norte y el este, reuníos al nordeste en la ubicación de armamento; defended y atacad desde ahí —tradujo Lhagva—. Soldados del sur, seguid vuestro rumbo actual.

—¿A qué se refiere con *ubicación de armamento*? —preguntó Sanjin—. ¿Un almacén de armas, o una de esas baterías láser?

—No lo sé —dijo Lhagva—. El término podría aplicarse a cualquiera de las dos cosas.

—Una batería láser tendría más sentido —decidió Sanjin—. Nuevo plan: escuadra tres a la casa del este, escuadra dos al noroeste, escuadra uno conmigo. Nos asentaremos en alguna parte, esperaremos a que ellos mismos nos señalen la ubicación de armamento, y tratamos de entrar. Granadas de humo; dos por fuerza enemiga. ¿Todo el mundo listo? Granadas: lanzad.

Las granadas apenas habían impactado en el suelo cuando, en la distancia, el juggernaut de retaguardia que se adentraba en la ciudad explotó.

***

En la tenue luz que bañaba el centro táctico terrestre del *Amonestador*, una segunda pantalla brilló con fuerza inusual y luego quedó a oscuras.

—El Juggernaut Uno ha sido alcanzado —informó el general Tasse—. Hemos perdido la cámara; datos telemétricos: aún se mueve, pero con dificultad. Otro impacto como ese y caerá al barro tan muerto como el Juggernaut Nueve.

—Recibido —dijo Thrawn.

Parck lanzó una furtiva mirada de soslayo al almirante. Thrawn estaba de pie frente al panel táctico, barriendo metódicamente con los ojos la miríada de pantallas e informes de estado. A juzgar por todas las apariencias, parecía tan calmado como siempre.

Pero Parck sabía que eso no era así. La campaña del gran almirante contra el señor de la guerra Nuso Esva había sido larga y sangrienta, un camino pavimentado de traición y destrucción, nuevos aliados y genocidio frustrado a duras penas. Ahora, después de tanto tiempo, el final de Nuso Esva por fin estaba a la vista.

Al menos, todos los indicadores apuntaban en esa dirección. El otrora orgulloso conquistador estaba atrapado en Quethold, con recursos limitados, no más de una treintena de sus más leales seguidores, y sólo una única nave de tamaño medio enterrada y con difícil acceso en una de las minas al norte de la Ciudad Roja. Los restos de lo que fue su poderosa flota de batalla estaban dispersos a lo largo de probablemente un millón de años luz cúbicos de espacio, donde, casi con seguridad, se marchitarían y morirían una vez que Nuso Esva ya no estuviera allí para dirigirlos.

Y aun así…

Parck recorrió de nuevo el panel táctico con la mirada. Preocupado por el flujo de informes de los exploradores que buscaban las naves restantes de Nuso Esva, había visto algo que no encajaba con los datos del plan de ataque a la Ciudad Roja. Sin duda había algunas piezas del plan de Thrawn que él no conocía.

Pero mientras miraba la confusión que se reflejaba en los paneles, pudo percibir una incómoda sensación comenzando a palpitar entre sus hombros.

El *Amonestador* tenía seis escuadrones de TIEs a bordo, y aun así Thrawn había optado por desplegar sólo tres de ellos. Tenía más de tres mil soldados disponibles, incluso sin contar las fuerzas aliadas, y pese a ello había enviado sólo tres escuadras de soldados de asalto contra los Soldados de la Ciudad Roja. La hilera de juggernauts que estaba siendo ahora fuertemente atacada era una apuesta aún más arriesgada.

Y el enlace Nyama había estado en lo cierto acerca del número de Soldados que Nuso Esva tenía disponibles. Los observadores y los sensores estaban registrando al menos cuatro mil de ellos, dos mil a lo largo de la ruta de los juggernauts, unos pocos cientos atacando a las escuadras de soldados de asalto, y el resto dispuesto en una línea defensiva

entre el palacio y los transportes. ¿Cómo podría Thrawn haber subestimado tanto las fuerzas de su oponente?

¿O no lo había hecho? ¿No podría ser que esta larga y fatigosa guerra contra Nuso Esva hubiera desgastado hasta tal punto la prudencia táctica del gran almirante que estaba determinado a vencer a su enemigo con la mínima fuerza posible?

¿Se había convertido este asunto en algo personal?

Ese pensamiento lanzó un nuevo escalofrío por la espalda de Parck. Cuatro años atrás, el Emperador Palpatine había viajado a Endor ardiendo en odio hacia la Alianza Rebelde. Cuatro años antes de eso, el gran moff Tarkin había convertido de forma similar el ataque a Yavin en un asunto de venganza personal.

Ambos hombres habían muerto en las escenas de sus esperados triunfos, habiéndoseles escapado de entre los dedos sus victorias seguras. La Alianza Rebelde había sobrevivido, y había conseguido convertir gran parte de su Imperio en la llamada Nueva República.

Parck siempre había asumido que Thrawn era demasiado listo como para dejar que las emociones nublasen su juicio militar. ¿Podría haber estado equivocado?

—Paciencia, capitán.

Parck salió de pronto de sus pensamientos.

—¿Disculpe, almirante? —preguntó con cautela.

—Está usted preocupado —dijo Thrawn, con voz lo bastante baja para asegurarse de que sus palabras sólo eran escuchadas por el capitán superior—. Preocupado por la operación… —Miró de soslayo a Parck—… y por extensión, preocupado por mí. Pero observe.

Señaló una de las imágenes de la ciudad en la pantalla táctica. Dispersos entre los brillantes puntos rojos que marcaban las posiciones de los cañones láser de Nuso Esva y los atenuados puntos amarillos de los generadores de paraguas de escudo, había una docena de brillantes luces azules.

—Los altavoces de la Reina —dijo, identificándolos—. Los sensores de los TIEs, los juggernauts y los armazones-A de los soldados de asalto están todos a la escucha del reconocible sonido del Lenguaje de Soldado. Cada orden que da a sus tropas nos lleva más cerca de nuestro avance final.

—Sí, señor —dijo Parck, tratando de eliminar la duda de su voz.

Aparentemente, no había sido capaz de eliminarla toda.

—Paciencia, capitán —dijo Thrawn con una tenue sonrisa—. Paciencia.

***

—Tal y como había previsto —dijo Nuso Esva, con su voz rebosante de satisfacción una vez más—. ¿Observa, oh, Reina, cómo cuando se despeja el humo ya no puede verse por ninguna parte a los invasores de armadura blanca?

La Reina emitió un grotesco sonido que Trevik no le había escuchado nunca antes.

—Los auténticos Soldados no huirían de una batalla.

—Y estos tampoco —dijo Nuso Esva—. Simplemente se han refugiado en algunas de las casas, con toda probabilidad en las dos o tres más cercanas que contienen generadores de escudo. Sin duda esperan destruir o incapacitar los generadores antes de ser superados por los Soldados que se acercan a ellos, permitiendo así que los cazas que nos sobrevuelan accedan a su ciudad. Esperando que sus muertes no sean en vano. —Sus ojos destellaron—. Pero, por supuesto, sí lo serán.

Trevik observó el monitor, sintiendo una inesperada e incómoda oleada de tristeza por los soldados invasores. De la charla anterior entre la Reina y Nuso Esva había aprendido que los humanos eran como los stromma; cada uno de sus individuos tenía el mismo albedrío que poseían los Midlis y Circúleos quesoth. Al contrario que los Soldados quesoth, los atacantes de armadura blanca no estaban atados irrevocablemente a sus órdenes, y por tanto podrían haberse retirado a un lugar seguro cuando vieron que los números se ponían en su contra.

Y aun así no lo habían hecho. ¿Qué clase de líder era ese Thrawn, que su gente estaba dispuesta a entregar sus vidas bajo sus órdenes?

—Los generadores de escudo no deben ser dañados —dijo la Reina, levantando su micrófono—. Enviaré más Soldados.

—No es necesario, oh, Reina —dijo Nuso Esva—. Ya he anticipado este movimiento, y me he preparado para ello. No, mantenga a sus Soldados donde están. La auténtica batalla tendrá lugar en la hilera de vehículos juggernaut. ¿Ve cómo el último de ellos ya ha sido inmovilizado, impidiendo que el resto pueda retirarse? En cuanto el que va en cabeza haya sido detenido de igual modo, sus Soldados podrán avanzar hacia el premio gordo.

—Sí, ya lo veo —volvió a decir la Reina—. No me dijo que dos de los nueve serían destruidos.

—Le dije que serían necesarios sacrificios —dijo Nuso Esva—. En este caso, la pérdida de dos asegura que podamos capturar intactos los otros siete.

—¿Y siete serán suficientes?

—Más que suficientes —dijo Nuso Esva—. He visto la fuerza de la ciudadela inferior de la Ciudad Roja. Dudo que las defensas de la Ciudad Blanca sean mayores. Siete juggernauts serán más que suficientes para atravesar las barreras.

—¿La Ciudad Blanca? —preguntó Trevik, pronunciando las palabras antes de poder reprimirlas—. ¿Qué? ¿Atravesar las barreras? ¿De qué locura está hablando?

—Los viejos tiempos llegan a su fin, Trevik de los Midlis de los Séptimos de los Rojos —dijo la Reina, con la voz tan calmada como si estuviera pidiendo un trago de néctar—. ¿Por qué debería aceptar la muerte para mí y mi ciudad sólo porque la Reina de los Blancos ha despertado?

—Pero… —Trevik la miró fijamente—. Pero la vieja Reina siempre muere cuando la nueva Reina despierta y el aire cambia. Es el orden natural del mundo.

—Eres un estúpido ingenuo —dijo Nuso Esva con desdén—. Una Reina, una auténtica Reina, no se limita a sentarse y aceptar el orden natural del mundo. —Tendió su mano hacia Trevik y cerró los dedos formando un puño—. Una auténtica Reina agarra al mundo por el cuello y le arranca su propio destino. ¿Entiendes?

—No —dijo Trevik, con la conmoción que le embargaba impidiéndole sentir cualquier otra emoción como si le hubieran arrancado una vena—. Pero entiendo una cosa: la Reina de los Blancos no puede despertar si los Circúleos de los Blancos están muertos. —Miró a la Reina—. Si son asesinados.

—Es una cuestión de supervivencia —dijo Nuso Esva—. Supervivencia del más fuerte. Así es como funciona el universo, Midli. No tengo la menor duda de que la Reina de los Blancos, si se le diera la misma elección, actuaría de igual modo.

—Será por el bien de todos nosotros —dijo la Reina—. Incluido tú mismo, Trevik de los Midli de los Séptimos de los Rojos. Nunca más tú y los demás Midlis y Circúleos tendréis que viajar grandes distancias a una nueva ciudad, muchos de vosotros muriendo en el camino. Permaneceréis aquí, en vuestro entorno familiar, viviendo vuestras vidas en vuestras propias casas.

—¿Y cuando vos muráis? —preguntó Trevik.

La Reina sonrió.

—No moriré —dijo, con un tono desagradable en la voz—. Sin el cambio del aire, viviré para siempre.

Todos los seres vivos mueren. Trevik quería decir eso.

Pero no podía. No directamente a su cara.

No a la Reina de los Rojos, que supuestamente era la líder de su ciudad, y la dirigente de todos los Quesoth.

Los había traicionado. Los había traicionado a todos.

Pero tampoco podía decir eso.

—¿Cuándo ocurrirá esto? —se limitó a preguntar.

—Cuando la batalla haya terminado y Thrawn haya perdido, se marchará —dijo Nuso Esva—. No tendrá otra opción. Su derrota aquí a manos de seres primitivos dañará severamente la reputación que mantiene unida su frágil coalición, y él y su caravana estelar tendrán que viajar a otros conflictos para ocuparse personalmente de esas batallas. Una vez se haya marchado, avanzaremos con nuestros vehículos recién capturados hacia la Ciudad Blanca. La Reina de los Rojos se convertirá en la Reina de Quethold… —sus ojos brillaron—… y yo tendré libre acceso a las instalaciones industriales bajo la Ciudad Blanca. Allí construiré vehículos en los que yo y mis Elegidos podremos abandonar este mundo y volver a declarar la guerra mis enemigos.

Trevik asintió, descorazonado. Así que a eso se limitaba todo. Quethold debía ser sacrificado, su estabilidad y las vidas de su pueblo perdidas, para que los cabello tormentoso pudieran continuar con su sed de conquista por las estrellas.

Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. La Reina había revelado sus propias ansias, y no había nada que un simple Midli pudiera decir para hacerle cambiar de

opinión. Tampoco era un Soldado, que pudiera luchar por ella contra los cabello tormentoso.

No, todo lo que Trevik podía hacer era permanecer de pie con su copa de néctar, y observar y escuchar.

Y esperar que, de algún modo, el gran almirante Thrawn fuera capaz de vencer.

***

Los Soldados quesoth eran uno de los grupos de combatientes más primitivos a los que Lhagva se había enfrentado nunca. No llevaban armaduras, no usaban blásters, ni siquiera armas de proyectiles, y sus tácticas parecían limitarse a rodear a sus enemigos como un enjambre en un intento de derrotarles por pura superioridad numérica.

Pero la naturaleza quitinosa de sus cuerpos era bastante resistente para aguantar incluso uno o dos disparos de bláster siempre que no impactase directamente en un órgano vital, y blandían sus dagas y mazas con fuerza increíble. Y desde luego contaban con los números suficientes para llevar a cabo su estrategia elegida.

También quedó claro rápidamente que no iban a abandonar los emplazamientos de los cañones láser que se les había ordenado defender. No mientras alguno de ellos aún fuera capaz de luchar.

—Flanco izquierdo —exclamó Sanjin sobre el clamor de los disparos bláster de los soldados de asalto—. Lhagva, Shrinks… adelante.

—De acuerdo.

Lhagva lanzó un último disparo desde la ventana del dormitorio de la casa en la que se habían refugiado, luego se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta, cruzando el pasillo hasta la sala de reuniones, con uno de los otros soldados de asalto justo detrás de él.

Llegaron justo a tiempo. El flujo de quesoth había sobrepasado a los tres soldados de asalto que guardaban el acceso, y un pequeño conjunto de Soldados había conseguido trepar hasta la ventana. Mientras Lhagva frenaba bruscamente para abrir fuego con cuidado sobre los hombros de sus camaradas, uno de los Soldados se inclinó hacia el interior y golpeó con fuerza su maza contra el brazo de Bragger. El soldado de asalto cayó al suelo profiriendo entre dientes una maldición, y el soldado comenzó a cruzar la apertura.

Y cayó de espaldas perdiéndose de vista cuando Shrinks abrió fuego desde un lado de Lhagva con el E-Web/M de su armazón-A. Entre los dos, hicieron retroceder a los atacantes.

Bragger volvía a estar de pie para cuando los dos recién llegados le alcanzaron.

—¿Estás bien? —preguntó Lhagva.

—Probablemente tenga el brazo roto —dijo Bragger con calma mientras pasaba su E-11 a su mano izquierda y apoyaba el cañón en el alfeizar de la ventana—. Estaré bien.

En el exterior, el altavoz volvía a resonar con el Lenguaje de los Soldados.

—¿Lhagva? —preguntó Sanjin.

—Soldados del Sol Poniente y Soldados de la defensa: atacad y capturad los vehículos acorazados —tradujo Lhagva—. Deben de haber conseguido detener al juggernaut en cabeza.

—Eso parece —dijo Sanjin—. Espero que les guste lo que…

—Espere —le interrumpió Lhagva mientras el Lenguaje de los Soldados continuaba—. Matad a las tripulaciones y a todos los invasores de armadura blanca que haya dentro.

—Sí, buena suerte con eso —dijo Sanjin con un gruñido—. Se acabó el descanso, soldados. De vuelta al trabajo.

—¡Flanco derecho! —advirtió alguien.

Lhagva realizó un último disparo por la ventana al enjambre de Soldados y luego se volvió hacia la puerta.

—Estoy en ello —exclamó.

***

—Allá van —informó con voz tensa el general Tasse, señalando una de las pantallas—. Saliendo de sus escondites: deben ser casi dos mil.

—La línea defensiva también está avanzando —dijo uno de los otros—. Otros mil quinientos como mínimo. Parece que parte de las tropas personales de Nuso Esva están ahí con ellos.

Tasse gruñó.

—Parece que Nuso Esva ha decidido que no nos queda nada en los transportes que podamos usar contra él, así que ha redirigido su línea de defensa —dijo—. Se imagina que cuantos más cuerpos lance contra los juggernauts, antes podrá abrirse paso a golpes.

Parck hizo una mueca. Nuso Esva estaba realmente en lo cierto en ese aspecto. Ni siquiera la escotilla acorazada de un juggernaut podría aguantar mucho contra tres mil quinientos Soldados con mazas.

—Almirante, dos de los paraguas de escudo han caído —dijo un teniente desde el tablero técnico—. Sector sudoeste.

Así que el contingente de tropas de asalto del teniente Sanjin había logrado pasar.

—¿Los TIEs pueden atravesar la brecha? —preguntó Parck.

—No, señor —dijo el teniente—. Los escudos adyacentes están orientados hacia abajo como los de los bordes externos de la ciudad. Están demasiado bajos para permitir la entrada de cualquier vehículo.

—Como era de esperar —dijo Thrawn con calma—. Si algo es Nuso Esva, es concienzudo. ¿Cuál es el estado de Sanjin?

—Comunica dos bajas —informó el comandante Balkin—. El resto aguanta de momento.

—Ordéneles que continúen presionando en el emplazamiento del cañón láser —dijo Thrawn—. Cuanto más tiempo piense Nuso Esva que estamos siguiendo su guión, más tardará en reaccionar ante la auténtica brecha.

Parck frunció el ceño.

—¿Siguiendo su guión?

—Por supuesto —dijo Thrawn, alzando una ceja como si fuera obvio—. ¿Por qué si no cree que le permití que dispusiera las obras de arte en la Morada de los Huéspedes y luego hice que pareciera que necesitaba verlas? Quería que él pensara que había manipulado nuestra operación y que la tenía bajo su control.

Parck sintió que una sonrisa asomaba a sus labios. Debería haber sabido que se trataba de algo así. Tal y como Thrawn había dicho, Nuso Esva le entendía. O pensaba que lo hacía.

—¿Cuándo planea abandonar su guión?

—Justo ahora. —Thrawn señaló el panel táctico—. Acaba de ser localizado el decimocuarto altavoz. —Pulsó su comunicador—. Comandante Fel, puede comenzar su avance. Buena suerte.

***

—Recibido —dijo Fel, mostrando sus dientes en una fina sonrisa. Por fin—. Escuadrón Gris, a sus posiciones. Stent, sígueme.

Hizo dar la vuelta a si TIE, escuchando de fondo el coro de confirmaciones de sus pilotos mientras observaba la silueta de la ciudad bajo él. Teniendo en cuenta algunas de las trampas que Nuso Esva había tendido en el pasado, pensó, ésta casi era simple. Una única apertura en la cobertura de los paraguas de escudo, que se encontraba allí de forma aparentemente accidental, lo bastante grande para que un caza TIE pudiera deslizarse por ella si entraba justo en el vector adecuado. Y en el mismo vector, un potente cañón laser doble acechando en su escondite, listo para volar en pedazos a un piloto incauto.

Pero, como también era típico en Nuso Esva, el cañón láser no era lo único que había allí para cerrar la trampa. Los pilotos de TIE habían tenido tiempo de sobra para mapear las ubicaciones de escudos y armas de la zona, y Fel había localizado al menos otras ocho aperturas más pequeñas en la barrera cercana por las que podían dispararse los láseres. Incluso si un piloto que se acercara saliera del camino de la trampa a tiempo para sobrevivir al primer disparo de los artilleros, tendrían muchas otras oportunidades de terminar el trabajo mientras este huía. Suponiendo, claro está, que los artilleros fueran lo bastante rápidos y lo bastante buenos.

Era hora de averiguar lo rápidos y buenos que eran.

Para cuando Fel había llevado su TIE al vector de la trampa, Stent estaba en posición, formando a cincuenta metros de Fel, ligeramente a estribor. Stent era un chiss, un miembro de la especie de Thrawn, que había cortado sus lazos con su planeta natal para ir

allí y servir al gran almirante. También era uno de los mejores pilotos de Fel, motivo por el cual Fel lo había elegido para ese trabajo.

Y ambos dos sólo iban a tener un intento para hacerlo. Lanzando su TIE a plena potencia, oscilando de un lado a otro tanto como pudo mientras seguía manteniendo su vector de inserción, Fel comenzó el avance.

Se encontraba a menos de un centenar de metros de la apertura de la trampa cuando advirtió el temblor delator de los cañones láser cuando quedaron finalmente inmóviles apuntando a su objetivo. Instantáneamente, realizo por su parte una última sacudida, haciendo virar su caza bruscamente a estribor. Los láseres brillaron, y los disparos gemelos pasaron silbando junto a su cabina.

Con un estallido de fuego y metal destrozado, su ala de babor estalló en llamas.

Tirando con fuerza de la palanca, Fel volvió a girar a estribor. La inercia le estaba llevando directamente hacia el firme entramado de los paraguas de escudo que había bajo él; volviendo a girar la nave, remontó torpemente el rumbo saliendo de su caída en picado.

Y al hacerlo, voló directamente hacia una de las otras aperturas de disparo del cañón láser.

Sus músculos se tensaron con expectación. Pero Thrawn había estado en lo cierto. El ala trucada y el fuego de sus falsos daños hicieron que Fel pareciera herido de muerte, y los artilleros de Nuso Esva no iban a molestarse por un caza que en cualquier caso iba a estrellarse en cuestión de segundos. Ciertamente no cuando tenían un objetivo mucho más interesante acercándose hacia ellos.

Porque mientras Fel había estado luchando con su nave en llamas, Stent se había alineado con el vector de la trampa y estaba dirigiéndose a la entrada.

Fel continuó con su giro, perdiendo altitud y luchando por evitar que su bamboleo quedara fuera de control, al tiempo que trazaba un retorcido rumbo hacia la apertura de la trampa. Finalmente se enderezó en un rumbo más o menos nivelado sobre la ciudad y perpendicular al vector actual del propio Stent. Desde el nuevo ángulo de Fel, podía ver que Stent estaba avanzando a plena potencia, con la misma maniobra evasiva que Fel había estado intentando cuando los cañones abrieron fuego sobre él. Alternando su atención entre Stent, la apertura de la trampa, y la superficie, Fel levantó la cubierta protectora en la sección añadida a su panel de control y se agarró con fuerza.

Por un instante creyó que Stent se apartaría demasiado tarde, y que los artilleros de Nuso Esva iban a freírlo de verdad. Pero en el ultimísimo segundo el chiss se elevó, apartándose de su vector de aproximación justo cuando el cañón láser disparó. Los disparos pasaron chamuscando la panza de su TIE mientras se retorcía alejándose hacia arriba, buscando altitud mientras pasaba junto a uno de los otros huecos de disparo del cañón. El cañón giró, disparando por el hueco, fallando una vez más por cuestión de milésimas de segundo, y entonces giró buscando otro ángulo mientras Stent pasaba de largo el emplazamiento y cruzaba delante de otro de los huecos de disparo.

Y durante los tres o cuatro segundos siguientes, mientras los artilleros seguían con fiereza la retirada aparentemente aleatoria de Stent, disparándole una vez tras otra a través de un hueco tras otro, la apertura de la trampa quedó completamente desprotegida.

Como de costumbre, Nuso Esva había sido astuto. El tamaño de la trampa había sido diseñado cuidadosamente para que sólo permitiera entrar desde una dirección.

Pero, también como de costumbre, no había sido lo bastante astuto: porque había supuesto que el intruso sería un caza TIE completo, una cabina equipada con la pareja estándar de grandes alas solares hexagonales sobresaliendo a ambos lados.

Con una sonrisa siniestra, Fel pulsó el botón bajo la cubierta de seguridad abierta.

Y mientras los pernos explosivos estallaban en los conectores de las alas, expulsando ambas alas que cayeron hacia su destrucción contra los paraguas de escudo bajo él, Fel diestramente hizo que la sección de la cabina de su TIE se deslizara de lado a través de la apertura de la trampa.

Los artilleros de Nuso Esva sin duda advirtieron instantáneamente su error fatal. Pero ya era demasiado tarde. Mientras trataban de hacer girar de nuevo el cañón, Fel giró con sus elevadores de repulsión y disparó una doble andanada a quemarropa con sus propios cañones láser. Los disparos sacudieron la plataforma giratoria del emplazamiento, dejando las armas inmóviles donde estaban, apuntando inútilmente al cielo.

Luego, volando bajo sobre las casas, descendiendo y esquivando cuando era necesario para evitar los bordes de los paraguas de escudo, Fel abrió fuego contra las casas donde se encontraban los generadores de esos escudos. El resto del Escuadrón Gris estaba justo tras él, entrando a través del agujero que cada vez se hacía más grande y uniéndose a él en la tarea de despellejar sistemáticamente la bonita guarida segura que Nuso Esva se había construido.

Y mientras el resto de su escuadrón continuaba con la destrucción de los generadores de escudo, Fel pasó a su propia tarea especial asignada. Volando por el borde de la ciudad, comenzó a eliminar los altavoces de comunicación de la Reina.

Todos ellos, claro está, salvo uno. Porque el gran almirante Thrawn tenía planeado algo especial para ése.

***

—Hay problemas —dijo la Reina.

Por unos instantes Nuso Esva la ignoró mientras continuaba farfullando en su hablalejos privado en su incomprensible lenguaje alienígena. Trevik se puso tenso, preguntándose qué diría o haría la Reina en este último insulto a su persona.

Pero permaneció recostada silenciosamente en su litera, esperando con escalofriante paciencia a que Nuso Esva terminara su otra conversación. La charla alienígena terminó, y Nuso Esva volvió a enganchar el hablalejos en su cinturón.

—Hay problemas —repitió la Reina.

—Nada de lo que no podamos ocuparnos —gruñó Nuso Esva, con un tono de voz que lindaba con la falta de educación—. Tan pronto como sus Soldados accedan a los juggernauts…

—Hay problemas —volvió a decir la Reina, con mucho más énfasis—. Naves enemigas vuelan libres sobre mi ciudad, destruyendo los hogares de Circúleos y Midlis. Usted dijo que no ocurriría. Dijo que no podría ocurrir.

Nuso Esva pareció recobrar la compostura.

—Cálmese, oh, Reina —dijo, algo más educadamente esta vez—. Puede que los cazas hayan logrado entrar en las zonas exteriores de la ciudad, pero hay otro borde en el conjunto de escudos más hacia el interior. Ese borde los mantendrá fuera de los terrenos del palacio y lejos de nosotros.

—Pero han entrado en mi ciudad —insistió la Reina—. Usted dijo que no lo harían. Mintió.

—No estarán ahí mucho tiempo —dijo Nuso Esva—. A diferencia de los primitivos cañones con los que se han visto obligados a trabajar mis Elegidos, el armamento de los juggernauts está equipado con sensores de objetivo computerizados. Una vez que nos hagamos con ellos…

Uno de los cabello tormentoso que vigilaba las pantallas dijo algo en el idioma alienígena.

—Las escotillas han sido forzadas —anunció Nuso Esva—. Ahora observe cómo destruyo a los cazar enemigos.

Trevik miró las pantallas. Una de ellas mostraba una imagen que se sacudía de forma mareante mientras el cabello tormentoso que llevaba la holocámara corría tras un grupo de Soldados a través del borde de metal dentado donde antes había habido una escotilla. Los Soldados se apresuraron al interior, abriéndose a los lados fuera del campo de visión de la cámara.

De pronto la imagen quedó inmóvil. Muy inmóvil. Durante un par de segundos mostró una vista de una cámara de metal compacta, vacía excepto por luces parpadeantes, pantallas que brillaban débilmente y, al fondo, alguna clase de objeto metálico pequeño y con la parte superior redondeada. Bruscamente, la imagen giró, se detuvo, volvió a girar, se detuvo de nuevo… Nuso Esva soltó un exabrupto que sonó especialmente desagradable.

—No —dijo entre dientes mientras agarraba su hablalejos—. ¡No!

—¿Qué pasa? —preguntó la Reina—. ¿Qué ha ocurrido?

Nuso Esva la ignoró, rugiendo en su idioma alienígena por su hablalejos. La imagen del monitor comenzó a oscilar de nuevo mientras el cabello tormentoso de la cámara corría hacia el fondo de la cámara metálica y se detenía junto al objeto metálico con la parte superior redondeada. Mostró una vista en primer plano de las luces y las pantallas…

—¿Qué ha ocurrido? —bramó la Reina.

Trevik se encogió y retrocedió aterrorizado. Jamás en su vida había escuchado a la Reina gritar de ese modo. Nunca había pensado que pudiera gritar de ese modo.

Nuso Esva apenas se dio cuenta. Continuó gritando a su hablalejos, con su mano libre sujetando el arma que colgaba del cinturón en su costado. Por toda la habitación, los otros cabello plateado también tenían las manos en sus armas. Trevik se puso tenso, esperando que la Reina gritara de nuevo.

Pero permaneció en silencio. Un instante después, Nuso Esva bajó su hablalejos, con sus ojos amarillos brillando de furia.

—Los juggernauts no tenían tripulaciones —exclamó—. Ni tripulaciones, ni soldados. Sus conductores son simples droides. Obreros mecánicos. —Siseó algo que sonó feroz—. Y no hay armas. Todas han sido retiradas.

Durante un largo instante la sala de reunión quedó en silencio. Trevik mantuvo sus ojos fijos en Nuso Esva, temeroso de mirar a la Reina.

—Entonces usted ha fracasado —dijo la Reina finalmente.

—No he fracasado —dijo Nuso Esva, volviendo la cabeza hacia los monitores—. ¿Los juggernauts no nos sirven de nada? Muy bien. Hay otros objetivos que sí nos servirán. —Volvió a mirar a l Reina e hizo una señal de mando—. Ordene a sus Soldados que ataquen los transportes que esperan en los terrenos fuera de la ciudad. Que capturen los vehículos y maten a todos a bordo.

—¿Esos transportes albergan las armas que asegura que le traerán la victoria? —replicó la Reina—. ¿O simplemente está buscando un modo de huir de Quethold y escapar de vuelta a las estrellas?

—No perdamos un tiempo precioso con cháchara estúpida —espetó Nuso Esva—. Dé la orden.

—No puedo. —La Reina señaló a las pantallas—. Los altavoces han sido silenciados. No hay forma de que mi voz llegue a mis Soldados.

—¿Qué? —Una vez más, Nuso Esva giró su cabeza hacia las pantallas—. Vaya —murmuró agriamente—. Ahora vemos la auténtica estrategia de Thrawn. Atrae la mayoría de los Soldados hacia los juggernauts, donde me resultarán inútiles, y luego destruye el medio por el que se les podría ordenar ir a otro sitio. —Se volvió de nuevo hacia la Reina—. Pero, como siempre, su estrategia tiene un fallo. Si su voz no puede llegar hasta los Soldados, oh, Reina, entonces debe ser usted quien viaje hasta ellos. —Señaló a los Obreros acuclillados junto a la litera—. Ordene a sus Obreros que ocupen sus puestos. Vamos de inmediato a los juggernauts.

Trevik sintió que los ojos se le abrían como platos.

—No puede ordenar a la Reina que entre en batalla —objetó.

—Silencio, traidor —dijo Nuso Esva, sin molestarse siquiera en mirarle.

—Tal vez Trevik de los Midli de los Séptimos de los Rojos no sea el verdadero traidor aquí —dijo lúgubremente la Reina—. Tal vez el traidor sea usted, Nuso Esva de los Primeros de los Cabello Tormentoso. Usted nos prometió la victoria. Me prometió la vida eterna. Ha hecho perder la fe en ambas cosas.

—¿Desea la vida eterna? —replicó Nuso Esva—. Entonces vaya a los juggernauts y ordene a sus Soldados que ataquen los transportes.

La Reina hizo un gesto de negación.

—No.

Y entonces, de repente, el arma de Nuso Esva se encontró fuera de su funda y apuntando directamente a la Reina.

—Dé la orden a sus Obreros —dijo, con voz mortalmente tranquila—. O muera.

***

El único altavoz restante estaba a menos de doscientos metros de los juggernauts detenidos y los tres mil quinientos Soldados que se encontraban rígidos junto a ellos. Fel los observó con cautela mientras mantenía su TIE flotando a la defensiva sobre la plataforma de apoyo, preguntándose si decidirían que debían tomar algún tipo de acción contra la lanzadera, desde la que en ese momento un par de técnicos descendían a la plataforma junto al conjunto de altavoces.

Pero no hicieron nada. Se les había ordenado atacar a los juggernauts, habían hecho eso, y ahora estaban esperando más instrucciones.

—Paciencia —murmuró Fel.

Hubo movimiento junto a la escotilla destrozada de uno de los juggernauts, y dos de los Elegidos de Nuso Esva salieron al exterior, con sus ojos amarillos brillando bajo la luz del sol. Uno de ellos señaló a Fel, y alzaron sus blásters.

Fel acabó con ambos de un solo disparo. Una vez más, los Soldados quesoth no hicieron nada.

Fel echo un rápido vistazo a las escotillas del resto de los juggernauts, y luego realizó otro escaneo de la zona para asegurarse de que no había más de los Elegidos supervivientes lanzándose al ataque. Tal y como Thrawn había ordenado, había dejado intacto este altavoz en concreto, limitándose a cortar los cables de control, energía y comunicaciones que llegaban a él. Eso significaba que los técnicos no sólo tendrían que instalar el mensaje especial en Lenguaje de los Soldados que Thrawn había preparado, sino que también tendrían que derivar energía desde los generadores de la lanzadera.

Con las tropas de as alto de Sanjin luchando todavía por sobrevivir contra su propia masa de Soldados, Fel esperó que los técnicos se dieran prisa.

A dos calles de distancia, otros dos Elegidos más se acercaban con cautela. Fel hizo girar su TIE unos grados en esa dirección y esperó a que salieran al descubierto.

Y entonces, se pronto, los altavoces cobraron vida tras él, llenando el aire con un volumen e intensidad que podía sentir a través de la parte inferior del casco de su TIE mientras el mensaje de Thrawn sonaba atronador por esa parte de la ciudad. El mensaje acabó y comenzó a repetirse.

Por un momento no ocurrió nada. Fel contuvo el aliento…

Y entonces, todos a una, los Soldados junto a los juggernauts comenzaron a moverse. Fluyendo sobre el terreno, más parecidos a un fluido oscuro que a un conjunto de seres individuales, ascendieron por la colina hacia el palacio.

***

Una vez más, los Soldados se habían abierto paso hacia las ventanas de la casa, y Sanjin y los soldados de asalto restantes se habían retirado a una de las habitaciones interiores para realizar su última resistencia, cuando Lhagva escuchó el débil sonido de los altavoces por encima del ruido de los disparos bláster y los golpes de mazas y espadas. Frunció el ceño, sorprendido ante el extraño mensaje… Y entonces, sin una sola palabra, los Soldados bajaron las armas. Dándose la vuelta, se marcharon rápidamente a través de las puertas y los agujeros que habían abierto a golpes en los muros, dirigiéndose a la ciudad.

Dejando a los soldados de asalto jadeando en medio de una habitación vacía.

Sanjin fue el primero en encontrar su voz.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó.

Con un esfuerzo, Lhagva consiguió llevar algo de humedad a su boca seca por el combate.

—¿No ha escuchado el altavoz, verdad?

—No, creo que una maza me estaba martilleando en ese momento —dijo Sanjin, frotándose cuidadosamente y en vano el costado de su casco—. Estas cosas no bloquean ese tipo de golpe ni la mitad de bien de lo que me gustaría. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha rendido la Reina?

—No lo creo —dijo Lhagva—. Parecía algo preparado por Thrawn.

—Creía que no se podía falsificar el Lenguaje de los Soldados —dijo uno de los otros mientras se arrodillaba junto a un soldado de asalto caído, con su botiquín de campaña en la mano.

—No lo ha hecho —dijo Lhagva—. Parecía ser simplemente una grabación sin editar, obtenida directamente de boca de la Reina.

—¿Y qué decía? —preguntó Sanjin.

—Cruzad las puertas de la Morada —tradujo Lhagva—. Rodead y proteged a los Huéspedes.

—¿Pero eso no es una orden para que los Soldados protejan a Nuso Esva? —protestó uno de los soldados de asalto—. ¿Cómo nos va a ayudar eso?

—Porque —dijo Sanjin, y Lhagva pudo imaginarse la sonrisa oculta por su casco— Nuso Esva lo ignora.

***

Nuso Esva todavía estaba apuntando con su arma a la Reina cuando uno de los otros cabello tormentoso dijo algo en su extraño lenguaje. Nuso Esva ladró algo en respuesta y dio un paso adelante.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó—. ¿Qué órdenes ha dado a sus Soldados?

—No he dado ninguna orden —dijo la Reina—. No puedo dar ninguna…

—¡No me mienta! —bramó Nuso Esva, dando otro paso adelante—. Se ha dado una orden. Usted es la única que puede dar tales órdenes. —Dio otro paso hacia ella—. Y ahora todos están viniendo hacia aquí —continuó, bajando súbitamente el tono de su voz—. ¿Por qué están viniendo, Reina de los Rojos?

—No lo sé —dijo la Reina—. Cuando lleguen, les preguntaré.

Nuso Esva soltó un bufido.

—No. No lo hará.

Abruptamente, su arma escupió un destello de fuego, y la Reina se desplomó hacia delante sin emitir ningún sonido.

Muerta.

Trevik se quedó boquiabierto, con el cuerpo tenso mientras miraba incrédulo y horrorizado la figura sin vida de la Reina. Ese no era el modo en que morían las Reinas de Quethold. Ese nunca había sido el modo en el que morían las Reinas. Tenuemente, a través del zumbido de la sangre que cruzaba rugiendo sus oídos y su cerebro, escuchó el sonido de más fuego bláster.

—Tú. Traidor.

Trevik giró su rostro. Nuso Esva le estaba mirando, con su arma apuntando directamente al rostro de Trevik.

Y sólo entonces se dio cuenta de que había cuerpos de quesoth muertos por todo su alrededor. Los Obreros, Borosiv de los Circúleos de los Primeros de los Rojos… todos ellos estaban muertos.

Todos ellos habían sido asesinados.

—Vas a llevar a Thrawn un mensaje de mi parte —dijo Nuso Esva, con voz lúgubre y desafiante.

Y pese a todo, bajo la determinación del señor de la guerra alienígena, de algún modo Trevik podía sentir un punto de amarga melancolía. Había cuatro mil Soldados avanzando hacia el palacio, y sabía que su propia muerte avanzaba con ellos.

—Dile a Thrawn que puede que piense que ha ganado —continuó Nuso Esva—. Pero con mi muerte, la suya no estará lejos. Mis seguidores siguen estando ahí fuera, y son mucho más numerosos de lo que jamás podría imaginar. No importa dónde vaya, no importa dónde trate de ocultarse, le encontrarán. Le dirás eso.

Con un esfuerzo supremo, Trevik hizo que las palabras salieran de su boca.

—Se lo diré —prometió.

Por un instante, Nuso Esva se quedó inmóvil. Luego, finalmente, bajó su arma.

—Ve —ordenó.

Trevik estaba en el límite de los terrenos de palacio, abriéndose paso entre las líneas de los Soldados que llegaban, cuando los cabello tormentoso abrieron fuego detrás de él.

Había llegado junto al grupo de humanos con armaduras blancas que aguardaba, cuando los disparos de los cabello tormentoso llegaron a un abrupto final.

***

Parck levantó la mirada del informe.

—Así que se acabó —dijo.

—Se acabó —confirmó Thrawn—. Uno de los cuerpos de la Morada de los Huéspedes ha sido definitivamente identificado como el suyo.

Parck asintió, sintiendo que un extraño cansancio le invadía. Después de diez años de combate esporádico, huidas por los pelos, y victorias improbables por las Regiones Desconocidas, el señor de la guerra finalmente estaba muerto por fin.

—¿Y ahora qué? —preguntó, dejando a un lado la tableta de datos.

Thrawn se encogió ligeramente de hombros.

—Hay poco que podamos hacer por los quesoth salvo ayudar en la reparación de los daños a la Ciudad Roja —dijo—. Pero seguramente les irá bien. Históricamente, ha habido varios casos en los que las Reinas han muerto prematuramente. A veces eso induce que la siguiente Reina se despierte antes de lo previsto; a veces la ciudad afectada tiene que arreglárselas por sí sola hasta que llega el momento habitual del alzamiento. Pero sean cuales sean los esfuerzos que la Ciudad Roja deba soportar en adelante, el pueblo de Quethold sobrevivirá. Eso es lo importante.

—Sí —convino Parck con un escalofrío. Especialmente teniendo en cuenta lo que ese Midli, Trevik les había contado acerca de los planes de Nuso Esva para el planeta. Podía haberlo destruido todo, e incluso haber quedado libre para expandir más de su veneno por las Regiones Desconocidas.

Pero no lo había hecho. Estaba muerto, y realmente se había acabado.

—En realidad, Almirante, estaba preguntándome a dónde íbamos a ir ahora —dijo.

—Usted y el *Amonestador* se dirigirán de vuelta al Triángulo del Caos para comenzar a limpiar el legado que Nuso Esva ha dejado atrás —dijo Thrawn—. En cuanto a mí, ahora finalmente puedo dirigir mi atención a un problema aún más apremiante que Nuso Esva. Como por ejemplo la restauración del Imperio.

Parck hizo una mueca. Thrawn sólo había regresado ocasionalmente al espacio imperial desde la muerte de Palpatine. Esos viajes habitualmente habían sido breves, siempre envueltos en secretismo, e invariablemente habían dejado al gran almirante frustrado por el creciente desorden que allí reinaba. Entre la incompetencia de sus propios líderes y la firme presión militar de la Nueva República, el Imperio había encogido a apenas una cuarta parte del tamaño que había alcanzado bajo el gobierno de Palpatine.

—Puede que tenga problemas para convencerles de que acepten su ayuda —advirtió—. Algunas de sus experiencias recientes con grandes almirantes no han sido demasiado positivas.

—Hay una persona con la que puedo contactar —le aseguró Thrawn—. El capitán Gilad Pellaeon, actualmente al mando del SDI *Quimera*. Ya he trabajado con él antes, cuando Nuso Esva realizó su única incursión en espacio imperial.

—Sí, lo recuerdo —dijo Parck seriamente—. Sector Candoras. También recuerdo que fue poco después de eso cuando Nuso Esva lanzó la campaña de Braccio y casi terminó destruyendo media docena de especies.

—Sus recuerdos son correctos —dijo Thrawn, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que Nuso Esva era un hijo de gusano espacial vengativo —dijo Parck—. No espero que sus seguidores lo sean menos. Puede que no sea un buen momento para que usted regrese a la política imperial.

Thrawn meneó la cabeza.

—No se preocupe, capitán. Los posibles seguidores que Nuso Esva haya dejado son pocos y dispersos. Sin su liderazgo, se escabullirán de vuelta a las sombras a las que pertenecen.

—Tal vez —dijo Parck—. Pese a todo, puede que no sea mala idea que tome algunas precauciones adicionales ahí fuera.

—Su preocupación es conmovedora —dijo Thrawn—. Pero le repito que no tiene por qué preocuparse. El capitán Pellaeon es un comandante competente, y ha hecho del *Quimera* una de las mejores naves de guerra de la flota.

—Lo que quería decir…

—Y también he tomado medidas para hacer que un guardaespaldas me acompañe cuando regrese al Imperio —continuó Thrawn—. Sea cual sea la venganza que Nuso Esva hubiera planeado, o que pensara haber planeado, nunca me alcanzará.

—Espero que no. —Parck respiró profundamente. Seguía sin gustarle la idea, pero era demasiado listo como para discutir con Thrawn cuando este había tomado una decisión—. Con su permiso, almirante, iré a comenzar los preparativos para contactar con el capitán Pellaeon y devolverle al Imperio. —Sonrió ligeramente—. A *su* Imperio.

—Gracias, capitán —dijo Thrawn en voz baja—. Y no muestre ese aspecto tan abatido. Esto no es sólo el fin de Nuso Esva. —Sonrió ligeramente—. También es el principio. El principio de la victoria.